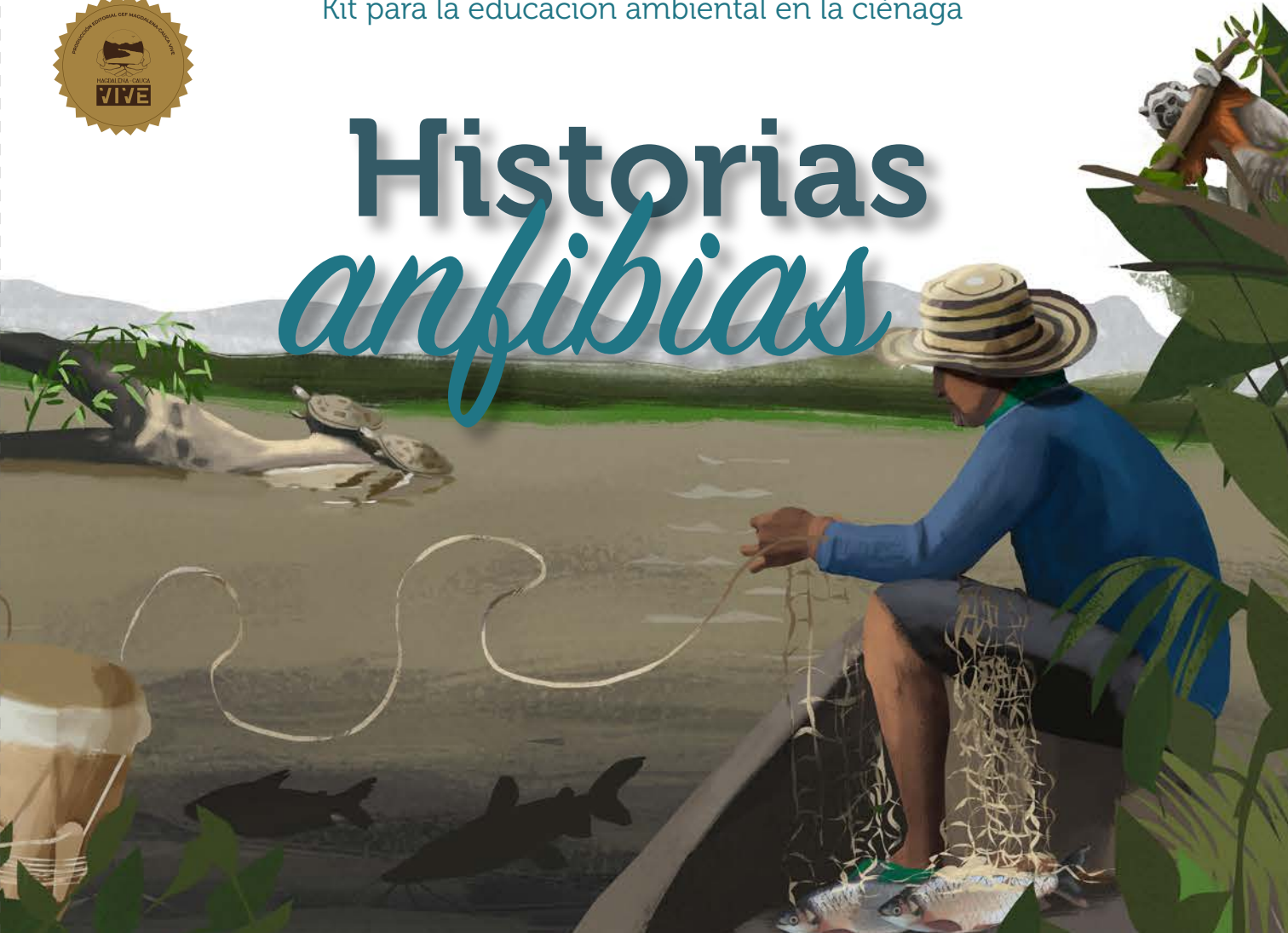




Kit para la educación ambiental en la ciénaga

# Historias *anfibia*s





**Banco Interamericano de Desarrollo (BID)**

Fernando Balcázar  
Especialista Senior de Sostenibilidad División de Recursos Naturales- Colombia 2017- 2020

Carlos Salazar  
Especialista Senior de Sostenibilidad División de Recursos Naturales- Colombia 2020- 2022

Michael Collins  
Especialista Senior de Sostenibilidad División de Recursos Naturales- Colombia 2022

Josué Ávila Murillo  
Especialista GEF 2017- 2019

Olga Lucia Bautista Martínez  
Especialista GEF 2019- 2022



**Fundación Natura**

Clara Ligia Solano  
Directora Ejecutiva

Claudia Lorena Franco  
Subdirectora Técnica

Nancy Vargas Tovar  
Subdirectora Técnica

Sandra Galán  
Oficial de Proyectos

Mauricio Rosas  
Jefe Financiero y Contable

Andrea Gutiérrez de Piñeres  
Jefe Administrativa y de Gestión Humana

Eliana Garzón  
Jefe de Comunicaciones

Juan Carlos Alonso  
Coordinador proyecto GEF Magdalena-Cauca VIVE 2017-2021

Carlos Vieira Betancourt  
Jefe de proyecto GEF Magdalena-Cauca VIVE

Carolina Rincón Villafrade  
Coordinadora áreas prioritarias de conservación

Beatriz Hernández  
Coordinadora Gestión de la Salud de los Ecosistemas 2017-2021

Ana Cevelyn León  
Coordinadora monitoreo y evaluación. 2020-2021

Olga Patricia Sandoval  
Coordinadora administrativa y financiera

**Equipo técnico**

Maura Alejandra Carvajal Callejas  
Líder de comunicaciones

Danyth Fandiño Lerma  
Profesional de comunicaciones



Luis Gilberto Murillo  
Ministro de Ambiente y Desarrollo Sostenible 2016- 2018

Ricardo Lozano Picón  
Ministro de Ambiente y Desarrollo Sostenible 2018- 2020

Carlos Eduardo Correa  
Ministro de Ambiente y Desarrollo Sostenible 2020- 2022

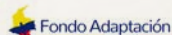


Instituto de Hidrología, Meteorología y Estudios Ambientales (Ideam)

Yolanda González  
Directora General

Nelson Omar Vargas  
Subdirector de hidrología

Fabio Bernal Quiroga  
Profesional especializado



Fondo de Adaptación

Raquel Garavito  
Gerente



Corporación Autónoma Regional del Río Grande de la Magdalena (Cormagdalena)

Pedro Pablo Jurado  
Director Ejecutivo

**Autores**

Juan Carlos Ardila Crapio  
Jaime Barroso Flórez  
Magaly Beileño Castillejo  
Víctor Julián Esparragoza Argüelles  
Luz Daris García Segovia  
Katerine Gómez Machuca  
Liuman González Mantilla  
Eder José González Moreno  
Yanelis Johana Hernández Contreras  
Sildanis Herrera Zambrano  
Alexander Loaiza Cantillo  
Deivis López Aria  
Ignacio Marín  
Abel Antonio Martínez Díaz  
José Armando Martínez Paternina  
Néstor Rafael Mejía Coley  
Gerónimo Mendoza Hidalgo  
Omar Morales Beileño  
Libardo Nobles Martínez  
Ana Karina Ortiz Méndez y Jhonier José Salazar Díaz  
Kevin Andrés Piñerez González  
Henry Portela Rueda  
Jhon Jairo Quejada Palacio  
Luz Estela Rada Villegas  
Ángel Mauricio Rivera García  
José Damián Ruiz Silva  
Eduardo Saucedo Rangel  
Silvana Urrutia Venecia  
Carlos Arturo Villarreal Vides

**© Fundación Natura Colombia**

Todos los derechos reservados. Se autoriza la reproducción y difusión del contenido de esta cartilla para fines educativos u otros fines no comerciales, con previa autorización de los titulares de los derechos de autor y citando la Fuente. Se prohíbe la reproducción de este documento para fines comerciales.

**Cómo citar**

Fundación Natura Colombia, (2021). *Kit para la educación ambiental en la ciénaga Historias anfibias*. Fundación Natura Colombia.

**Coordinación editorial**

Ana Cevelyn León  
Maura Alejandra C. Callejas  
María Isabel López Reyes

**Edición**

John Oswaldo Moya Barreto

**Corrección de estilo**

Carlos Andrés Jurado Vásquez

**Diseño y diagramación**

María Isabel López

**Ilustraciones**

María Isabel López

1ª edición: noviembre de 2021

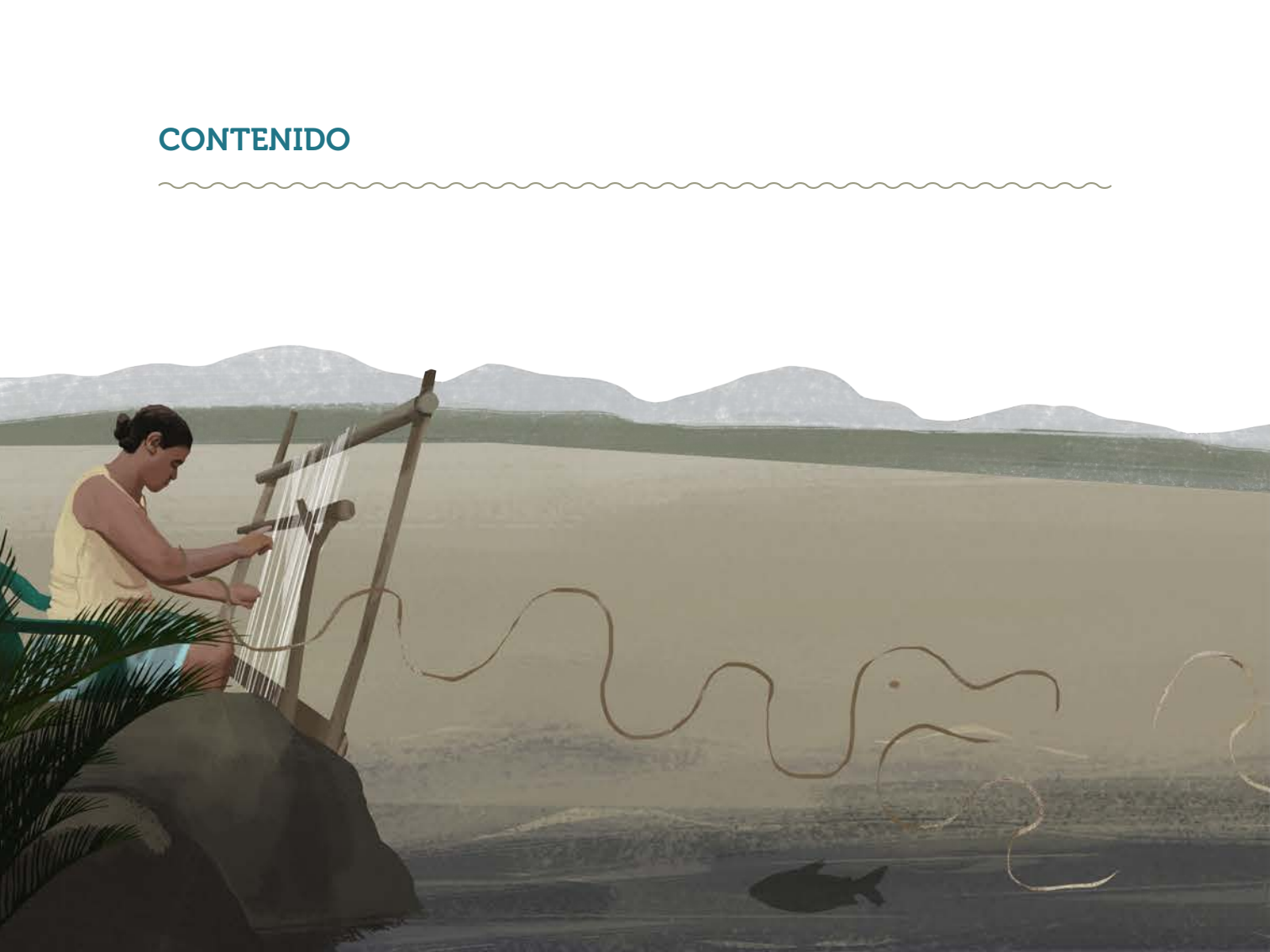
ISBN: 978-628-7629-01-1

Bogotá, Colombia

# Historias anfibias

## CONTENIDO

---



### INTRODUCCIÓN

#### SOLO QUEDARÁN RECUERDOS

Juan Carlos Ardila Crapio ..... 11

#### RECUERDO

Jaime Barroso Flórez ..... 13

#### EL VIEJO PESCADOR

Magalys Beleño Castillejo ..... 17

#### VIVENCIAS A ORILLAS DEL RÍO CESAR, EN EL MUNICIPIO DE EL BANCO, MAGDALENA

Víctor Julián Esparragoza Argüelles ..... 19

#### FURIA DEL MAGDALENA

Luz Daris García Segovia ..... 22

#### BENITO Y LA ROSA DEL RÍO

Katerine Gómez Machuca ..... 26

#### SUEÑO DE UN CUMBIAMBERO

Liu-man González Mantilla ..... 29

#### DESDE ADENTRO

Eder José González Moreno ..... 32

#### FAENA EN LA CIÉNAGA DE ZAPATOSA

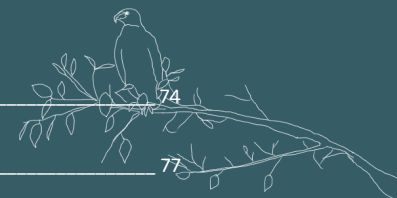
Yanelis Johana Hernández Contreras ..... 35

#### CARTA A ZAPATOSA

Sildanis Herrera Zambrano ..... 39

EL PESCADOR Y LA LLORONA Sildanis Herrera Zambrano	42
TIERRA DE AMOR Y CUMBIA Alexander Loaiza Cantillo	45
ORÍGENES Deivis López Arias	47
RÍO MAGDALENA ASOMBROSO Ignacio Marín	52
CUENTO HISTÓRICO DE LA CIÉNEGA DE CHILLOA Abel Antonio Martínez Díaz	55
EL ENCANTO José Armando Martínez Paternina	58
GITANERÍAS Néstor Rafael Mejía Coley	61
MI ABUELO Y SU CANOA DE MADERA Gerónimo Mendoza Hidalgo	64
TODOS HABLAN DE UN PUEBLO QUE DESAPARECIÓ Omar Morales Beleño	67
REINVENTANDO LA ZAPATOSA Libardo Nobles Martínez	70

EL MISTERIOSO CASO DE LA MATA DE ZARZA Ana Karina Ortiz Méndez y Jhonier José Salazar Díaz	74
EL MISTERIO DEL HOMBRE PELUDO Kevin Andrés Piñerez González	77
MI AMOR POR LOS ANIMALES Henry Portela Rueda	80
EL AMOR POR LA PESCA Jhon Jairo Quejada Palacio	83
MI HISTORIA ANFIBIA Luz Estela Rada Villegas	86
LA BRUJA TAMALAMEQUERA Ángel Mauricio Rivera García	89
¿PESCANDO A ZOTIRO? José Damián Ruiz Silva	92
EL LEGADO Eduardo Saucedo Rangel	96
HISTORIAS ANFIBIAS Silvana Urrutia Venecia	100
UN PUEBLO SINVERGÜENZA Carlos Arturo Villarreal Vides	102



## INTRODUCCIÓN

---

Hace treinta y ocho años nació la Fundación Natura, una organización no gubernamental que trabaja por la conservación y la recuperación de la biodiversidad en Colombia, sin perder de vista los beneficios que ella les ofrece a las comunidades en paisajes tanto naturales como intervenidos. Esta labor se despliega a fin de promover territorios que, desde el punto de vista social y ecológico, sean resilientes a los cambios ambientales, y se efectúa por medio de soluciones que se basen en la naturaleza y que respondan a los retos del desarrollo humano.

Considerando lo anterior, la organización trabaja por y para las comunidades y sus territorios. Por ello, a lo largo de su historia, ha implementado proyectos que han tenido un impacto en el desarrollo

en clave de sostenibilidad, en articulación con actores locales. Uno de ellos se denomina "Manejo sostenible y conservación de la biodiversidad acuática en la cuenca Magdalena-Cauca", pero es más conocido como Magdalena-Cauca Vive. Su propósito es contribuir a la conservación y al uso sostenible tanto de los sistemas dulciacuícolas de este territorio como de su biodiversidad. Este proyecto es financiado por el Global Environment Facility –Gef– (en español, Fondo para el Medio Ambiente Mundial –Fmam–) e implementado por el Banco Interamericano de Desarrollo –Bid–, en asocio con el Ministerio de Ambiente y Desarrollo Sostenible –Mads–, el Instituto de Hidrología, Meteorología y Estudios Ambientales –Ideam–, el Fondo Adaptación y la Corporación Autónoma

Regional del Río Grande de la Magdalena –Cormagdalena–.

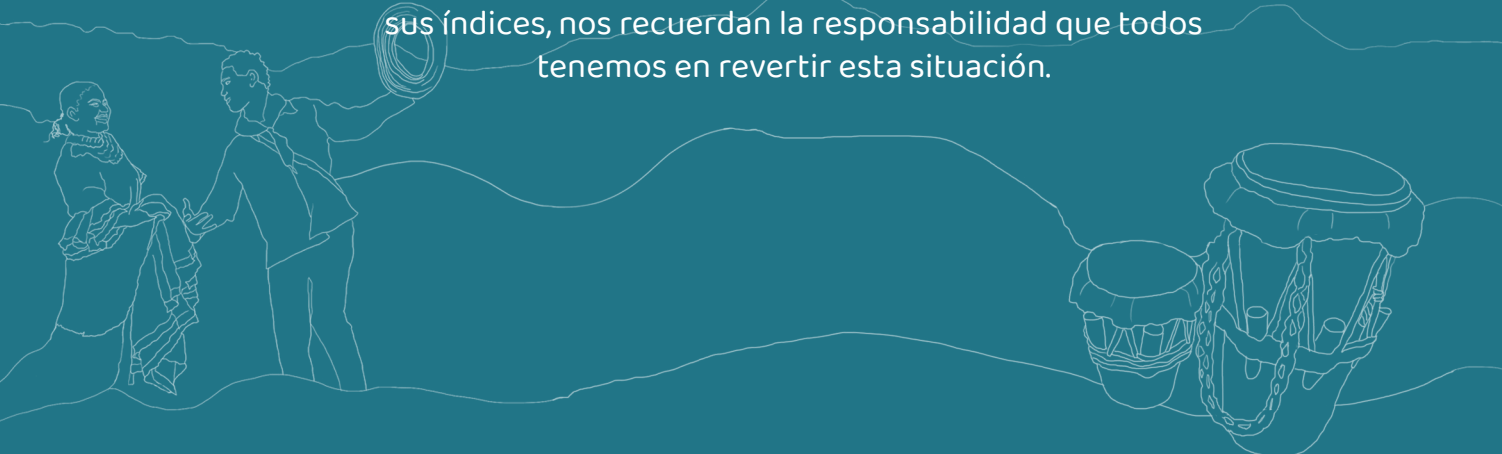
Fue así como vio la luz el concurso Historias Anfibias, cuyo nombre constituye un homenaje a los conocimientos y las tradiciones de los pobladores oriundos de esta cuenca. Este certamen se realizó en el año 2021 y convocó a los habitantes de algunos de los municipios de la cuencas media y baja de la macrocuenca Magdalena – Cauca : El Banco (Magdalena), Chimichagua, Tamalameque, Curumaní, Chiriguaná (Cesar), Yondó, Puerto Berrío (Antioquia), Puerto Parra, Barrancabermeja y Cimitarra (Santander). Los participantes se valieron de su creatividad para contar historias originales sobre las ciénagas, el río y la importancia de proteger no solo los ecosistemas acuáticos, sino también la cultura de la región.

Se establecieron como categorías tres tipos de relatos: el escrito (cuento con un

límite de quinientas palabras), el oral (audio de dos minutos como máximo) y el visual (dibujo o ilustración). Aunque al principio se fijó la fecha del 15 de mayo para el cierre del concurso, se recibieron historias hasta el 23. Fueron treinta relatos escritos, diez orales y seis visuales los que llegaron a las manos de los organizadores de Historias Anfibias; en ellos se habla del territorio, la cultura, las ciénagas, el río, los paisajes, entre otros tesoros.

La presente cartilla da a conocer esas cuarenta y seis historias anfibias creadas por los participantes de este concurso. En primer lugar se hallan los treinta relatos escritos, después los diez orales y, por último, los seis visuales. La Fundación Natura espera que ellos generen conciencia no solo en torno a las riquezas naturales y culturales que poseemos, sino también en torno a la importancia de protegerlas.

¡Que los pobladores anfibios que habitan la cuenca del Magdalena tomen nuestras manos y nos conduzcan por los caminos de sus vivencias! Comienza esta aventura, y nuestros primeros pasos nos llevan al encuentro con una tribu de versos. Juntos, mientras danzan de un modo particular, claman con desespero por que seamos conscientes del penoso estado del río y, apuntándonos con sus índices, nos recuerdan la responsabilidad que todos tenemos en revertir esta situación.



## SOLO QUEDARÁN RECUERDOS

---

Juan Carlos Ardila Crapio

Ya no es la misma de ayer,  
todo se ha ido acabando,  
no la quieren proteger,  
hoy se encuentra agonizando.

Ya nuestro bello Magdalena  
a su pueblo está clamando  
pa'que todos lo protejan  
y dejemos de hacerle daño.

Miren lo que está pasando:  
en mi pueblo y la región,  
lo que en un tiempo abundó  
hoy se encuentra en extinción.

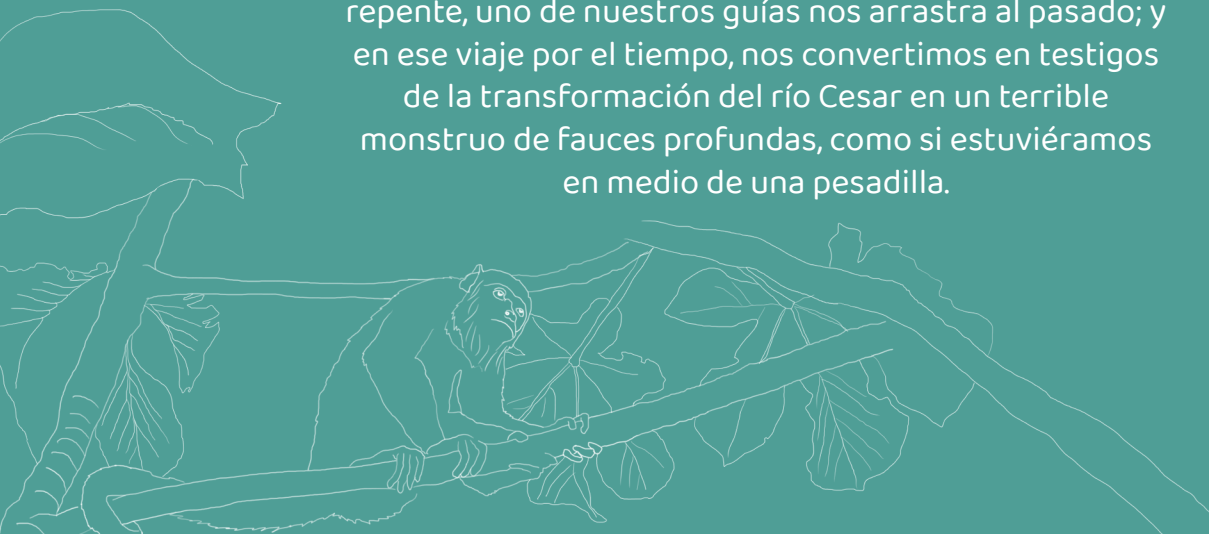
El aire no es puro y fresco,  
el agua está contaminada,  
sufrimos con el invierno,

estamos quedando sin nada.  
Solo quedarán recuerdos  
de todo lo que existió  
si seguimos destruyendo  
lo que Dios al hombre le dio.

Unámonos en las redes,  
en la radio y la televisión.  
Trabajemos todos unidos  
por un medio ambiente mejor.

Con este verso termino  
esta triste narración.  
¡Cómo nuestro paraíso  
ha perdido su esplendor!

Nos despedimos de la tribu y continuamos nuestro camino, mientras oímos cómo la voz que surge del fondo de la cuenca suplica protección. "¡Ayúdenme!", grita el río. Pero en ocasiones esa frase no sale de su boca ante nuestra falta de conciencia, sino que sale de la nuestra ante su furia. Unos pasos más adelante, de repente, uno de nuestros guías nos arrastra al pasado; y en ese viaje por el tiempo, nos convertimos en testigos de la transformación del río Cesar en un terrible monstruo de fauces profundas, como si estuviéramos en medio de una pesadilla.



## RECUERDO

---

Jaime Barroso Flórez

Muchas historias podemos nosotros tejer sin ficción sencillamente por tener el mágico honor de vivir a orillas de los ríos Magdalena y Cesar. En mi caso personal, hijo de un ladrillero de profesión. Todas las mañanas acompañaba a mi padre a las faenas diarias de la alfarería navegando por el Cesar. Recuerdo aquella tarde gris: siendo un niño inocente, mi padre naufragó pescando en sus aguas. Hoy, con mi pluma, A Colombia quiero narrar

una historia anfibia titulada Recuerdo.

Mi padre empezó a calzar los anzuelos. Sentado sobre ladrillos quemados, inocentemente, como niño lo miraba, insistiéndole en que de pesca me llevara. Y él, con sabiduría, me contestaba: "Hijo, no te puedo llevar a pescar. Tú me esperas aquí. No te muevas de ahí. Regreso enseguida". Fuertemente me abrazó, un beso me dio en la mejilla. Suavemente sacó el puyón del ojo de la embarcación y con el canaleta empujó la canoa, regando los anzuelos en el agua,

sin perder la distancia de su hijo.  
Y el niño, en la orilla, la mirada en  
la embarcación.

Sin razón, ante mis ojos,  
naufregó la embarcación.  
Batallando con la furia del Cesar,  
nadando en la amargura me decía:  
"No te muevas de ahí.  
Me esperas, regreso enseguida".  
No lo vi más.  
Nunca pensé en la muerte.  
Solo vi que el agua del Cesar  
a mi padre se lo tragó.  
Triste murió la tarde,  
sin lágrimas ni llanto murió la tarde.  
Sin lunas ni estrellas,  
vestida de negro, llegó la noche.

Solo en una casa grande,  
con corredores de palmas,  
y con la tristeza en el alma, quedé en el  
lugar  
Rodeado de verdes gramalotes,

ladrillos arrumados en el horno,  
más el canto tenebroso de pájaros  
nocturnos,  
inundaron de lágrimas mis ojos.  
El tiempo indolente corriendo pasaba,  
y yo obediente lo esperaba.

Nubes de luciérnagas brillaban,  
los pájaros en el aire un canto  
fúnebre entonaban.  
Y yo, bajo la sombra de la noche, lo  
esperaba  
bañado en lágrimas.

De repente, en la oscuridad,  
una voz, en el silencio de la noche,  
en las montañas de gramalotes,  
se acercaba mencionando mi nombre.  
Era la voz de mi padre,  
era mi padre, sin canoa, sin sombrero  
ni canaleta.  
Llorando, con lágrimas, me decía:  
"Hijo, al naufragar la embarcación en el río,  
un dedo de mi mano lo pescó un anzuelo,

salvándome de morir.  
Al partir con el filo de mi dentadura el curricán,  
en las profundas aguas del Cesar,  
moribundo, la corriente me arrastró hasta la orilla".

Mi padre lloraba,  
lloraba con su relato,  
lloraba junto conmigo,  
llorábamos sin cesar.  
Las lágrimas derramadas corrían al río,  
luego un silencio cubrió la noche,  
y yo guardé ese silencio en el recuerdo.

Hasta el día de su muerte,  
le dije frente al ataúd:  
"Te agradezco, padre mío,  
por no llevarme aquella tarde gris,  
cuando niño, a pescar.  
Tú me salvaste de morir  
en el agua turbia del Cesar,  
en el agua turbia del Cesar".





Hemos despertado de la pesadilla, hemos vuelto al presente. Tras el afortunado desenlace de la historia de nuestro guía, suspiramos y nos tranquilizamos. “Un padre digno de admiración”, dice uno de nosotros. “Sin duda alguna”, agrega otro. “Además de cariñoso y responsable”, completa él. Nos cuenta que su padre se enfrentaba a diario a la grandeza del río con tal de llevarle comida. En ese momento interviene una de las guías que nos acompaña: “Mi padre también lo hacía, y por ello le profesó mi más sincera admiración”. Nuestra atención se dirige a ella, y mientras seguimos nuestro recorrido, nos habla sobre su progenitor como si lo tuviera al frente.

## EL VIEJO PESCADOR

Magalys Beleño Castillejo

Cuando eras joven, eras alguien fuerte, y yo te miraba llevar tus redes y traerlas de la ciénega. A veces llegabas triste porque no te había ido bien en la pesca, y a veces llegabas alegre cuando te iba bien y me traías el pescado más bonito.

Para mí fuiste un profesional, aunque no fuiste a una escuela; para mí trabajabas en una gran empresa, porque eras pescador de la ciénega de Zapatosá; y no había un título en la pared, pero sí recuerdos en mi corazón.

Ya estás viejo, ya no puedes con las redes; te faltan unos dientes, el sol te ha quemado la piel, y casi encorvado y caminando lento, miras esa empresa donde trabajaste por años. No eres pensionado, pero te quiero mucho. Eres mi ejemplo, eres mi mejor pescador; y aunque no traigas el pez más grande, no importa: tú eres el mejor papá.



Avanza nuestra ruta mientras contemplamos las ciénagas y los ríos que representan grandes empresas para grandes pescadores, como el padre de nuestra guía. Suenan en el cielo las aves y, súbitamente, uno de nuestros pobladores anfibios brinca sobre un peñasco, señala con sus manos abiertas la belleza que se impone ante nuestros ojos, y con mirada serena sentencia: “Estos son espacios de felicidad, que nos proporcionan delicias que alegran esto (posando su mano derecha sobre su vientre), pero también vivencias que alimentan esto (posándola ahora en el pecho)”. Sonríe, baja sus manos y, dirigiéndose a nosotros y con tono de gratitud, comienza a contarnos...



## VIVENCIAS A ORILLAS DEL RÍO CESAR, EN EL MUNICIPIO DE EL BANCO, MAGDALENA

---

Víctor Julián Esparragoza Argüelles

Mi nombre es Víctor Julián Esparragoza Argüelles, natural de El Banco, Magdalena; tengo cincuenta y seis años, y en mi niñez fui habitante del sector del río Cesar, donde vivimos junto con la familia por muchos años.

Anécdotas para contar hay muchas. Una de ellas es que el río para nosotros se convirtió en una gran despensa alimentaria debido a la gran variedad de peces que para la época consumimos; había un gran entusiasmo, ya que la familia se reunía cada tarde para realizar faenas de pesca artesanal —tirando anzuelo— hasta que llegaba la “mosquitera” que nos hacía huir,

pero, eso sí, agradecidos porque siempre íbamos cargados con blanquillos, doncellas, barbules y hasta mayupas, cuando no había para más. Es de anotar que este último pez no se consumía por su aspecto.

Fueron largas las jornadas en las que nos bañábamos en el río, salíamos zungos de tanta agua, hasta el punto de que nuestra madre salía a buscarnos para darnos una muenda porque muchas veces no pedíamos permiso.

El río Cesar también me sirvió para inspirarme como artista, porque fue allí donde empecé a enamorarme mucho más del río,

hasta el punto de que empecé a hacer mis primeros pininos como cantante: en las noches oscuras de esos tiempos, por falta del fluido eléctrico, mis hermanos y yo cantábamos canciones bajo las noches estrelladas para esperar la hora de irnos a dormir.

Bellos fueron los momentos vividos frente al río Cesar, en ese entonces sin muralla y con pocas casas en el sector. Pobres, pero con todo a la mano gracias al río.



Sonreímos con él, retornamos a la situación y seguimos nuestro camino. Unos pasos después, de pronto, una de nuestras pobladoras anfibias afirma: "Para unos el río es una cuna de grandes recuerdos y alegrías, y para otros, el origen de un grave problema ambiental". Sorprendido, uno de sus paisanos exclama: "¿El río?!". Y ella aclara que no es el río en sí, sino que simplemente hay amistades que no convienen. El Magdalena es como un niño que, estando solo, es apacible y adorable; pero cuando se junta con la engreída Ola Invernal, se convierte en un torrente furioso que destruye todo a su paso.



## FURIA DEL MAGDALENA

Luz Daris García Segovia

El río Grande de la Magdalena hunde nuestro corregimiento, El Cerrito, dos veces al año. En diciembre del 2010 creció tanto que el agua llegó hasta más de la mitad de las viviendas. La comunidad tuvo que refugiarse en el cerro de La Peña de nuestro corregimiento, donde descansan nuestros ancestros, en la carretera que va de El Banco a El Burro, Cesar. El 10 de diciembre, el río Grande de la Magdalena aumentó su cauce con gran furia y dañó la carretera en el kilómetro siete y otros sectores, ingresó hacia la ciénega de Zapatosa y afectó la fauna de nuestros humedales. El 15 de diciembre, a las nueve de la noche, esta ciénega aumentó el cauce de sus aguas y llevó en sus olas buchón, churre y árboles, sobrepasó la carretera y nuestro

corregimiento y dejó sin enseres ni alimentos a las personas que estaban amparándose en cambuches.

Los que estábamos en el cerro solo escuchábamos los gritos de auxilio porque no se podía ver nada. La angustia se apoderó de todos los habitantes del corregimiento, así que los pescadores alistaron sus botes para ir a inspeccionar el daño que habían causado las furiosas olas de la ciénega. Gracias a Dios solo fueron pérdidas materiales y de alimentos. Al otro día toda la comunidad se vio más unida que nunca: ayudamos a armar nuevamente los cambuches en el cerro y les proporcionamos alimentos, enseres y ropas a las personas

afectadas. Esta creciente cesó el 10 de enero del 2011. Desde ese tiempo vivimos cinco años de intenso verano. En el 2016 volvió a subir el cauce, y desde entonces nos hunde una vez al año, sin tanto peligro, hasta la fecha.

Desde esa creciente catastrófica que afectó nuestra comunidad, los humedales no volvieron a ser los mismos, así que empezamos a buscar alternativas para mitigar el impacto ambiental causado por la ola invernal. Decidimos participar en varias convocatorias a nivel nacional e internacional. Gracias a Dios pasamos todos los filtros que requería la Fundación Natura para su PPD —Programa de Pequeñas

Donaciones—, y logramos restaurar cuatro hectáreas con 3200 árboles nativos resistentes a los humedales y recuperar el fluido hídrico de los caños y los pequeños cuerpos de agua que estaban perdidos. Con la ayuda de la comunidad, estamos logrando nuestro objetivo, que es restaurar los humedales para así poder mejorar un poco el medio ambiente de nuestro planeta Tierra.





“¡Qué buena iniciativa!”, exclama uno de nosotros. “Sí —responde nuestra pobladora anfibia—. Pero la furia del río se debe no solo a sus malas amistades, sino también al maltrato que recibe por parte de quienes sacan provecho de él”. ¡Y sí que es cierto! Aprovechar lo que nos brinda es una cosa, pero maltratarlo es otra muy distinta. Si la ciénaga y el río se fusionaran para transmutarse en una sola persona, sería nuestro deber apreciarla y cuidarla como señal de gratitud por todo lo que nos da. Y en medio de estos pensamientos sentimos la presencia del calor.



El sol del mediodía se ha puesto sobre nuestras cabezas, y entre aquella luminosidad que nace cuando los dorados rayos caen del cielo para ser recibidos por las aguas danzarinas, la voz de una guía se manifiesta: “En lugar de maltratarlo, debemos conservarlo como un tesoro”. Nuestra escucha se enfoca en ella. Continúa: “No tenemos que esperar a que un ser divino venga a recordárnoslo, como le pasó a Benito”. “¿Benito?”, pregunta uno de nosotros. “Sí —contesta ella sonriendo, y señala el sendero—. Sigamos y les voy contando”. Retomamos la ruta.



## BENITO Y LA ROSA DEL RÍO

Katerine Gómez Machuca

En una humilde vivienda, ubicada por la zona ribereña de Tamara, vivía Benito, un adolescente muy querido, amable y trabajador; y junto a él, sus padres, Juan y Ana. Su padre se dedicaba a las labores de la pesca, y Benito lo acompañaba; en cambio, su mamá se dedicaba a las labores de la casa.

Un día, como de costumbre, Benito y su padre se fueron de pesca en la canoa. Los esperaba una larga faena. En medio de su recorrido, ya un poco agotados y aún sin haber pescado nada, decidieron seguir más adelante y se entraron por un brazo del río esperando contar con mejor suerte.

Ya dentro del brazuelo, para su sorpresa, escucharon un hermoso canto que salía de las aguas. La voz era encantadora. Ellos, asustados, pero a la vez queriendo ver quién era la mujer que cantaba, se detuvieron. En ese instante su canoa comenzó a moverse. Era como si la música los encantara, porque su cuerpo bailaba al son de ese canto ancestral.

Al terminar el canto, los dos cayeron como en un sueño. Al instante salió de las aguas una joven hermosa, con un lindo vestido dorado. Parecía una diosa. Su padre aún dormía, y Benito comenzó a despertar.

Se sentía muy mareado. Alzó la mirada y vio a la hermosa mujer que estaba sobre las aguas.

Asombrado de lo que percibía, pensó "Esto es un sueño" y exclamo: "¡Oh, es una diosa!". Deslumbrado con su belleza, pero a la vez un poco asustado, le preguntó: "¿Quién eres? ¿De dónde has salido?". Ella, con su voz dulce, le respondió: "No temas. Soy la diosa del río, la protectora de la fauna y la flora que habitan en él, y vengo de lo profundo de las aguas". Benito le dijo:

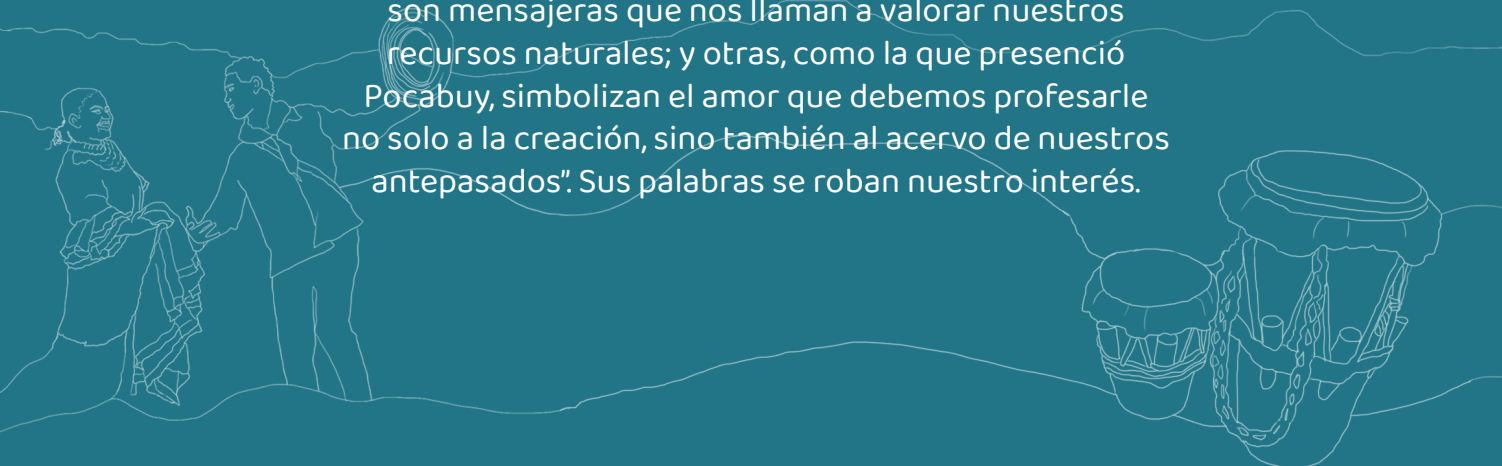
—Diosa, perdónanos por haber entrado a tus aguas. Mi papá y yo solo somos unos simples pescadores, vivimos de lo que nos provee el río, y por eso lo cuidamos. Por favor no nos hagas daño.

—No tengas miedo. Desde muy dentro de mi corazón, sé que ustedes son buenas

personas y que hoy no les ha ido bien en la faena. Por eso me he revelado ante ti, para ayudarlos a conseguir la comida.

Ella comenzó a cantar y, de la nada, fueron apareciendo peces y más peces que saltaban con su canto. Él, asombrado de ver tantos peces juntos, empezó a atraparlos hasta con las manos. Al terminar el canto, Benito había pescado mucho, y saltaba de alegría. Agradeció a la diosa por su gran regalo. Ella le dijo: "Mira, este río es mi reino, y todo lo que hay aquí me pertenece. Pero todos los pescadores tienen derecho a navegar en él. Nunca olvides que debes cuidarlo y apreciar con cariño y respeto lo que él te da", y con una sonrisa empezó a hundirse de nuevo en sus aguas, hasta desaparecer. Benito no podía creer todo lo que había pasado: "¡Oh, esto es real!".

Su historia nos ha cautivado, pero también lo ha hecho la sed. Nos detenemos y enjugamos nuestras frentes con las palmas de nuestras manos. Suspiramos. Los afables guías sacan de sus mochilas cantimploras llenas del preciado líquido y nos las ofrecen. Y mientras este se desliza por nuestras gargantas, uno de ellos habla: "Las diosas aparecen no solo en los ríos, sino también en los sueños. Algunas, como la que conoció Benito, son mensajeras que nos llaman a valorar nuestros recursos naturales; y otras, como la que presenció Pocabuy, simbolizan el amor que debemos profesarle no solo a la creación, sino también al acervo de nuestros antepasados". Sus palabras se roban nuestro interés.



## SUEÑO DE UN CUMBIAMBERO

Liuman González Mantilla

Esta es la historia de un joven pescador llamado Pocabuy. Él vivía a orillas del río Grande de la Magdalena. Era muy alegre, bailarín, buen hijo, servicial y soñador, y vivía enamorado de la cumbia. Su sueño era bailar en los mejores festivales y poder ganar con ese ritmo que lo cautivaba.

Una noche, el joven fue a orillas del río para ver el reflejo de la luna llena. De pronto pasó fugazmente una estrella, y pensó (suspirando) "¡Deseo ser el mejor bailarín de cumbia y dar a conocer esta danza por todo el planeta!".

Esa misma noche, Pocabuy, ya dormido, comenzó a soñar que estaba en un círculo

rodeado de indios, españoles y esclavos, en una playa a orillas del río, alumbrada con antorchas y el brillo de la luna que había visto. El viento soplaba suave y traía con su brisa sonidos armoniosos de millo, tambor, tambora y llamador.

Esa melodía cautivaba tanto a Pocabuy que el ritmo de su corazón palpitaba al unísono con el tambor. Súbitamente una nube lo cubrió y lo transportó a una ciénaga iluminada por el sol y rodeada de hermosa flora y fauna, donde los peces saltaban con el canto de los pájaros. Pocabuy quedó maravillado y, mirando el infinito, vio caer una luz dentro del humedal, y apareció una hermosa mujer vestida de cumbiambera.

A medida que ella avanzaba, se formaban ondas en el agua que emitían melodías de cumbia, al son del llamador con cada paso que ella daba.

Impactado, lleno de alegría y emoción, le dijo a la mujer: "Mi diosa pocabuyana, tu mirada me envuelve, me seduce. Pensaré en ti, amor de mis sentimientos. ¡Cumbia de mi amor, reina de mi folklor! Bailemos sin parar hasta que se oculte el sol".

Pocabuy bailó y bailó con su diosa cumbiambera, quien lo enamoraba con cada movimiento cadencioso que daba. El encuentro se prolongó hasta que el ocaso llegó, y de repente la mujer se desvaneció.

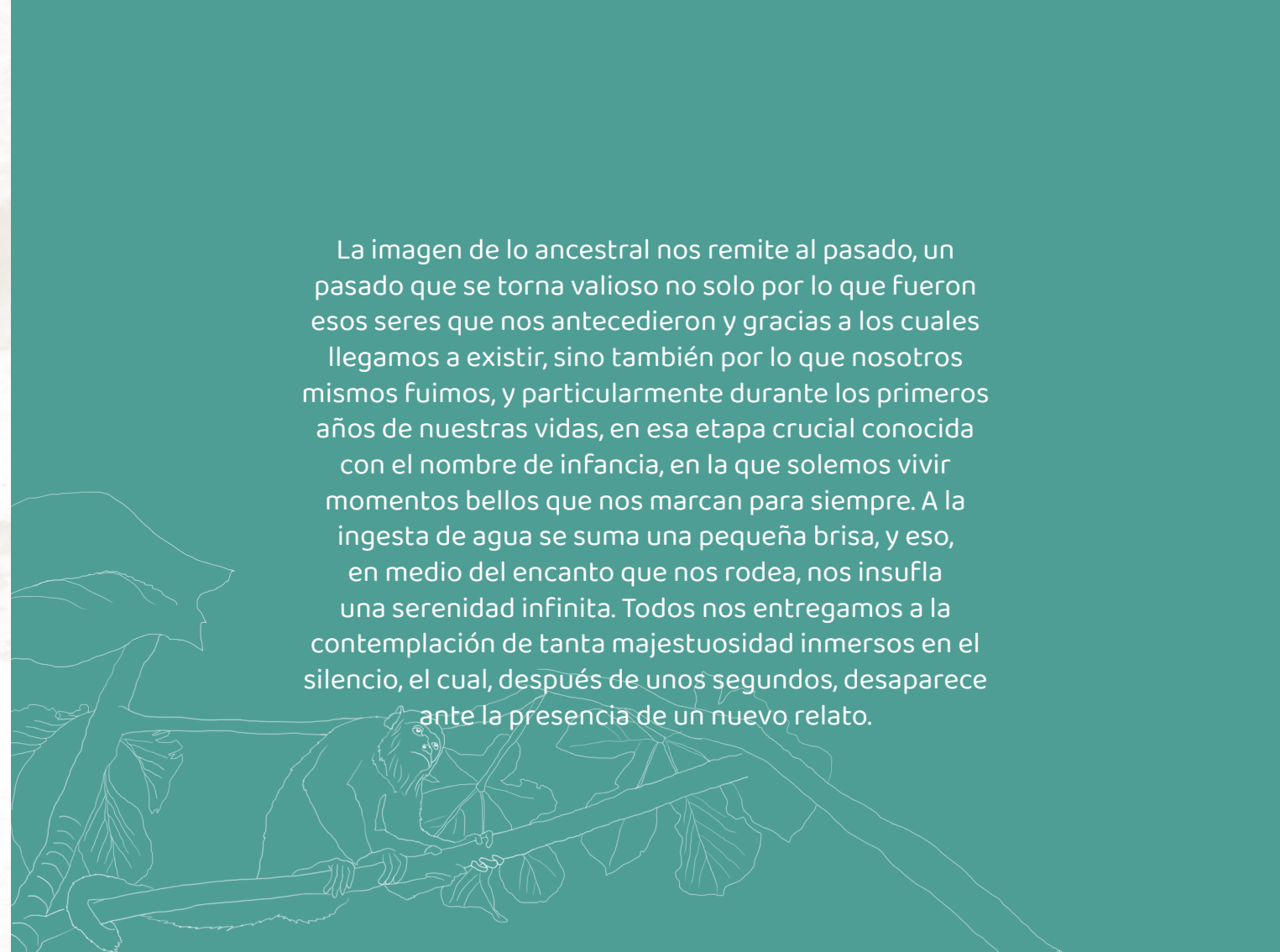
El joven, sobresaltado, se despertó y quedó asombrado de todo lo que había soñado. Se sentó en su cama y miró en la pared una fotografía de sus bisabuelos, vestidos de cumbiamberos y al lado de una canoa

que cargaba la imagen de la Virgen de la Candelaria.

Pocabuy, después de desayunar una viuda de bocachico con yuca, decidió ir a contárselo a su abuelo Prudencio, quien estaba bajo la sombra de un frondoso árbol a la orilla del río, sentado en un taburete, tejiendo una atarraya. Prude, como le decían de cariño, tenía puesto su sombrero de concha de jobo, que, por su antiquísimo uso, ya estaba viejo y roto.

El anciano, al escuchar el sueño de su nieto, quedó pensativo. Luego de unos minutos de silencio, dejó de tejer, se llevó el sombrero a su pecho, miró a Pocabuy y le dijo: "Hijo, ese sueño se ha repetido en cada generación de nuestra familia, y también lo tuve yo cuando tenía tu edad. El significado grábatelo, y que no se te olvide jamás: ama y cuida todo lo que Dios ha creado, haz todo con amor y nunca dejes morir tu cultura ancestral".

La imagen de lo ancestral nos remite al pasado, un pasado que se torna valioso no solo por lo que fueron esos seres que nos antecedieron y gracias a los cuales llegamos a existir, sino también por lo que nosotros mismos fuimos, y particularmente durante los primeros años de nuestras vidas, en esa etapa crucial conocida con el nombre de infancia, en la que solemos vivir momentos bellos que nos marcan para siempre. A la ingesta de agua se suma una pequeña brisa, y eso, en medio del encanto que nos rodea, nos insufla una serenidad infinita. Todos nos entregamos a la contemplación de tanta majestuosidad inmersos en el silencio, el cual, después de unos segundos, desaparece ante la presencia de un nuevo relato.





## DESDE ADENTRO

Eder José González Moreno

Recuerdo claramente cómo, en 1999, mi padre partió a Venezuela para aprovechar las oportunidades de trabajo. Ocho años más tarde se reuniría conmigo para contarme sus hazañas. Mientras eso llegaba, quedé al cuidado de mis abuelos paternos: mi abuela, Lilia Alfonsina Martínez, un ángel con voz generalmente suave y constante atención, y mi abuelo, Guadalupe González, de carácter fuerte, tosco y patriarcal, pero consciente de la debilidad y la buena vida del campo por esas épocas.

Sin duda, no hay perfección en la vida, pero son juicios que hoy me pesan más que cuando tenía cuatro años. Vivir mi infancia en Islitas, vereda del municipio de El Banco,

Magdalena, era por antonomasia un gusto; así hasta que tuve edad para comprender un poco más la realidad y hacer interpretaciones "elevadas": mi vida se resumía en bañarme en la ciénaga de Chilloa para ir al colegio y pescar con trasmallo y atarraya pinchos, barbules, bocachicos, mojarras, bagres, viejas, moncholos y comelones para alimentarme.

Era una cotidianeidad que por mucho se alejaba de lo que podía considerarse una actividad solo para mayores. Perdí la cuenta de cuántos aguaceros resistí rodeado por mosquitos, avichuchos, sapos y culebras de agua; o cuántas veces fui en burro, a pie o en canoa al cerro de botillero a

buscar yuca, leña, choncho, patillas, mangos, aguacates, batatas, ahuyamas, melones y piñas; o cuántas caídas me di en estas actividades, o jugando.

Ciertamente recuerdo mi niñez, puedo saborear la felicidad de jugar bajo la lluvia, ir de árbol en árbol buscando mamones, guayabas, mangos o maizcochos; buscar chatarra para cambiar por helados o bañarme desnudo sin pudor.

Hoy, con las amarguras de la escuela, la vida citadina, la universidad, los desamores, las despedidas de seres queridos, el

desgaste concebible de los recursos naturales, de la gente y de la vida, voy al pueblo y me duele respirar, respirar la tristeza, la soledad, el abandono, la incertidumbre, la crisis y la pandemia; pero, desde adentro, el niño que fui y que metafóricamente soy sonrío porque el peso de lo adverso es una pluma ante el ventarrón de lo que siempre será un eterno retorno al día lluvioso y feliz del pasado.



Sobrevienen los aplausos por tan maravilloso cierre, pero también surge el propósito de continuar nuestra travesía. Los pasos del grupo avanzan por la trocha, se oyen los sonidos que produce la fauna lugareña, y de repente surge la voz de una de nuestras pobladoras anfibias: "Lo fantástico no solo sucede en la infancia. En la adultez también ocurre. El problema se da cuando aparece de un momento a otro y no sabemos cómo reaccionar, o reaccionamos sin mucha reflexión. Siempre quedará la incertidumbre de lo que habría pasado si hubiéramos actuado de modo diferente... Enelcido nunca sabrá qué habría sucedido si, ante lo que le pasó, hubiera hecho algo distinto". Uno de nosotros habla: "Cuéntanos, ¿qué fue lo que le ocurrió?"



## FAENA EN LA CIÉNAGA DE ZAPATOSA

Yanelis Johana Hernández Contreras

En una tarde, como de costumbre, salió Enelcido Contreras a su faena de la pesca. Después de pasar un rato, comenzó a cantar mirando la luna, que lo acompañaba en el transcurso de la tarde-noche.

De repente, Enelcido quedó observando fijamente una llama de fuego sobre el agua y, asombrado, dijo "¡Padre eterno, ¿qué es esto?!". No le quitaba la mirada, y la llama fue creciendo hasta tomar la altura de cincuenta centímetros. Al instante, esta comenzó a correr por toda la ciénaga. Enelcido, al ver esto, tomó su canaleta y empezó a remar rumbo al puerto de salida para ir a su casa, a eso de las doce de la noche.

Llegó aún con la zozobra de lo que vio, tocó la puerta de su casa y llamó a su compañera. Ella le abrió y le preguntó qué sucedía, y él solo le dijo "Vi una llama de fuego correr por toda el agua". La compañera, sorprendida, no creía nada de lo que él decía, porque era algo increíble; y le preguntó "¿Cómo que una llama no se apaga con el agua?".

Al amanecer, la noticia se esparció por todo el pueblo de Sempegua, y todos los pescadores en la orilla del puerto se preguntaban, unos a otros, qué sería eso que se le apareció a Enelcido, ¿sería un encanto o una visión? Tanta fue la noticia que hasta los niños y los jóvenes fueron

a la casa del pescador a que les contara lo sucedido, porque les causaba una emotiva curiosidad.

Con el paso de los días, llegó al pueblo uno de nuestros sabedores mayores, que estaba de viaje y escuchó sobre el acontecimiento. Llegó donde el señor Enelcido a preguntarle acerca de lo que había visto para poder dar su opinión.

Al escuchar todo el relato, dijo: "¡Claro! Es una bola de fuego que hace muchos años sale en la ciénaga de Zapatosa. Nuestros abuelos decían que era un encanto, que en alguna de las islas alguien dejó enterrado algo de valor, un tesoro; otros dicen que significa fuertes crecientes en la ciénaga". Y continuó el sabedor mayor: "Pero este encanto no a todo el mundo se le aparece. Aquel que vea la llama debe seguirla hasta llegar a donde se encuentra el entierro, el

tesoro; debe comprometerse con él para que lo pueda sacar del sitio".

Desde que se le apareció la bola de fuego al pescador Enelcido, cada vez que iba a su faena, llevaba a un compañero para no sentir miedo por si se le aparecía de nuevo. En el pueblo de Sempegua, el relato de la llama en la ciénaga les causó tanta curiosidad que, a partir de entonces, a todos los visitantes les cuentan la historia, y estos visitan la casa del pescador para tomar notas de lo sucedido.

Enelcido Contreras, pescador de la ciénaga de Zapatosa, realiza su faena todos los días de la semana para llevar el sustento de su familia, y dice que la aparición ya no le causa temor, pues aprendió a vivir con todo lo que la ciénaga transmite; dice que la ama porque es la madre del pueblo, por su gran contribución a las familias que viven de ella.



Nos detenemos y miramos. ¡Oh, señorial ciénaga de Zapatosa! Regazo maternal para unos, sentido existencial para otros. Estamos ante un ser vivo que ha sido esencial en la vida de muchos, que les ha permitido respirar y acumular experiencias; una riqueza natural que, sin embargo, se encuentra en peligro por culpa de las malas decisiones que han tomado quienes se nutren de ella. Como si estuviéramos asistiendo a una escena de fantasía, una pobladora anfibia da unos pasos adelante para dirigirse a la ciénaga, saca de su mochila un papiro (¡sí, un papiro!), lo desenrolla y, con una voz dulce que atraparía a cualquiera, comienza a leer.



## CARTA A ZAPATOSA

---

Querida Zapatosa:

Todas las mañanas, al despertarme, contemplo tus olas y el verde de tus árboles, porque me gusta sentir lo suave de tu brisa en mi piel, sentir tus aguas y tu arena en mis manos. Me siento complacida al mirar tus islas, tus castillos; al comerme un rico bocachico de los que tú nos ofreces; y también porque beneficias a muchos más.

Cada parte de ti es un pedacito de mí, porque contigo crecí, contigo aprendí a dar mis primeros pasos, a perder mis miedos cuando me metí por primera vez en tus aguas y aprendí a nadar. Fuiste confidente de mi primer amor, en mis llantos y en mi soledad, porque cuando me sentía triste y sola, me embarcaba en una canoa y comenzaba a recorrer tus aguas para olvidar mis penas. Eres para mí como una madre porque me enseñaste a defenderme, me enseñaste a pescar para poder alimentarnos a mí y a mi familia. No tengo palabras para agradecerle todo lo que me has dado y lo que he aprendido de ti.

Sin embargo, al cerrar los ojos, pienso: "¿Qué será de mí cuando te hayas acabado? ¿Qué será de nuestros pueblos cuando te hayas acabado? ¿De qué viviremos?". A



nuestros hijos solo les dejaremos historias para contar, porque nuestras malas decisiones y acciones están acabando contigo. Por eso quiero pedirte perdón por todos aquellos que solo se han encargado de destruirte, que han contaminado tus aguas, que han quemado y talado tus árboles, que han acabado con tus peces y aves, y que te siguen maltratando el alma.

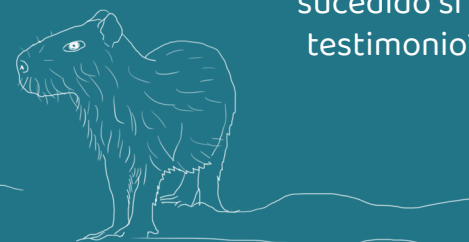
Me duele por lo que estás pasando, porque ya tu aire no es el mismo, tus aguas han cambiado, los animales te han abandonado; y me siento impotente por lo que estás pasando. Me gustaría volver a ese tiempo cuando me sentía libre y tranquila, me gustaría poder contemplar toda la exuberante naturaleza que veía antes en ti, volver a esos tiempos cuando nos reuníamos con los compadres, las comadres, los compañeros y los familiares a contemplar tus atardeceres, conversando y contando historias de los grandes bagres que eran pescados anteriormente, de los espíritus de la ciénaga, de cuando por las noches dormíamos contemplando los rayos de la luna que caían en tus aguas.

Espero que haya personas que sientan lo mismo que yo, para que nunca te acabes.

Atentamente,

Sildanis Herrera, pescadora de Tamalameque.

En medio de nuestro silencio, la cautivadora lectora enrolla el papiro, lo guarda en su mochila y se gira hacia nosotros. "En mi alma habitan dos tormentos: uno que surge al pensar en lo que le pueda ocurrir a esta hermosa ciénaga, y otro que vivimos quienes habitamos en mi pueblo", nos dice. Ante la curiosidad que nos causan sus palabras, nos cuenta que en Tamalameque, su municipio, la gente vive atormentada porque en las noches, en las calles, se escuchan gritos y lamentos escalofriantes que usualmente vaticinan algún mal. Mirando al vacío, agrega: "¿Por qué se burlaron de Gollo?! Él solo quiso decir la verdad... ¿Qué habría sucedido si desde el principio hubieran confiado en su testimonio?". Empieza a caminar, y todos la seguimos.



## EL PESCADOR Y LA LLORONA

---

Sildanis Herrera Zambrano

Esta es una historia bastante real, que a continuación les vengo a contar. Es la historia de Gollo, un pescador, y aconteció muchos años atrás. Río arriba, río abajo, estaba un pescador buscando qué pescar, y, de repente, a lo lejos, escuchó los lamentos de una mujer que lloraba sin cesar.

Con escalofríos, él se detuvo a escuchar silenciosamente lo que decía aquella voz, la cual venía río arriba, río abajo, diciendo las siguientes palabras: "Si tú te los llevaste, quiero que me los devuelvas, porque yo sin ellos no soy nada".

Esos lamentos le estremecieron su corazón. Su piel se erizaba al oír el angustiante llanto y los quejidos de una mujer que decía: "¡Ay, mis hijos, ay, mis hijos! ¡Quiero a mis hijos, mis hijos!". Gollo, lleno de susto

y nervioso por lo que le estaba pasando, desembarcó su canoa, agarró su canaleta, cogió su atarraya y se fue corriendo para el pueblo.

Al llegar, encontró un grupo de personas que estaban de fiesta en la caseta El Tamarindo. Asustado y adormecido, empezó a contarles su tenebrosa experiencia; pero no le creían ni una palabra de lo que decía, se echaban a reír y lo trataban de loco. Gollo, al ver que nadie le creía y la

gente se burlaba de él, decidió marcharse a su casa. Cuando iba en camino, oía a la gente gritarle: "¡Ahí viene, ahí va la llorona por detrás! ¡Corre, que te va a alcanzar!".

Pasaron los días, y cada vez que él salía a la calle, la gente se burlaba diciéndole que estaba loco. El pescador nunca más volvió a pescar y tomó la decisión de irse del pueblo a un lugar donde nadie supiera más de él.

Días después, en una noche tranquila, cuando el pueblo de Tamalameque dormía, de repente, se empezaron a escuchar gritos y lamentos en la calle Palmira. La mañana siguiente, la gente empezó a preguntarse, unos a otros, quién había muerto en el pueblo, debido a que la noche anterior habían escuchado unos gritos y unos lamentos.

La gente quedó sorprendida al saber que nadie había muerto. Entonces, asustada, comprendió que Gollo había dicho la verdad y que se trataba de lo mismo que él había escuchado y que había contado esa noche que llegó asustado a El Tamarindo. El señor Benito dijo: "¿Será cierta la historia que Gollo contó respecto a esa mujer? Y ahora no hay a quién preguntarle porque Gollo se ha ido, y no sabemos dónde está. ¿Será que Gollo, antes de irse, dejó la maldición entre nosotros?".

Y siguieron escuchándola noche tras noche en las calles de Tamalameque. Entonces la gente le cogió miedo porque empezaron a suceder hechos extraños después que ella salía; cada vez que lo hacía, sucedía una desgracia en el pueblo que lo haría llorar. Y así ha pasado todos estos años hasta el día de hoy, y por eso el pueblo es conocido como la tierra de La Llorona Loca.

Tras escuchar la historia de La Llorona Loca de Tamalameque, hemos llegado al municipio de El Banco, un territorio lleno de magia gracias a la existencia de la madre Cumbia y a la de otras tantas riquezas humanas y culturales. ¡Todo un paraíso terrenal!... Y como si tuviera la capacidad de leer nuestra mente, un poblador anfibio nos hace una precisión: "Sí que es un paraíso lleno de magia, pero su puerto no se corresponde con ella. La verdad, parece una parcela de fantasmas". Sus palabras nos causan gran extrañeza. "Somos todo oídos", dice uno de nosotros.



## TIERRA DE AMOR Y CUMBIA

Alexander Loaiza Cantillo

A orillas del Magdalena, donde el Cesar desemboca,  
majestuosa allí se encuentra  
la tierra de Pocabuy.

Un paraíso su encanto,  
sitio de inspiración,  
refugio de criollos y esclavos  
que formaron una gran cultura,  
dando origen al imperio de cumbia.

Y la mezcla de su raza:  
el negro con su tambo,  
el indio con su caña,  
la española y su alegría,  
y así la cumbia nació.  
Tierra tranquila, de mujeres hermosas  
con ritmo de cumbia en sus caderas,

de pescadores  
con sangre de cumbia en sus venas.

Paraíso de Colombia,  
tierra de amor y paz,  
ciudad imperio de cumbia,  
El Banco, puerto inmortal.

Cuna de compositores,  
reinas, poetas y pintores  
que desplegaron con sus obras,  
dando orgullo a Colombia.

Hoy tu puerto en el olvido,  
con toda una historia hermosa,  
como si hubieses vivido  
cien años de soledad.

¡Qué versos tan cargados de nostalgia! De nuevo aparece el silencio. Uno de nuestros guías reanuda la marcha, y los demás lo seguimos. En el camino, algunos de ellos nos hablan sobre los nocivos efectos de nuestra

falta de conciencia, y el sentimiento que surge en nosotros es algo similar a la culpa. Aunque la soledad reine en el puerto de El Banco, también podría hacerlo en nuestro municipio, en nuestro barrio y en nuestras fuentes hídricas. ¿Seremos capaces de actuar pronto para restaurar todo lo que nos han concedido y nos siguen concediendo? ¡Qué triste sería que, a causa de nuestra inconsciencia, muchos de los seres vivos que vemos hoy no puedan ser vistos por las generaciones del mañana! Y mientras estas cosas pensamos, nos hallamos ante la sublimidad del Magdalena, y un guía

toma la palabra.

## ORÍGENES

Deivis López Arias

Hace muchos años ya, ocurrió algo aquí en mi corregimiento. Cuenta mi papá que le contó su papá y que le ocurrió a mi bisabuelo. Como ya sabemos, los tiempos cambian mucho a medida que van pasando; ya no vemos las cosas como las veían nuestros antepasados. Por cierto, mi corregimiento se llama San Eduardo y está ubicado aquí, a orillas del río Magdalena. Estamos rodeados por fuentes de agua, ciénagas, caños, el río, pozas y pocetas. Una de las principales fuentes económicas es la pesca, la cual se obtiene de todas estas extensiones de agua.

Le decía mi abuelo a mi papá que, en cierta ocasión, mi bisabuelo salió a cazar a los

montes, como se les llama por acá normalmente a los bosques. Iban en busca de tigres porque, debido a su naturaleza salvaje, estaban devorando el ganado que se criaba en esta zona. Mi bisabuelo, José Eladio, iba con su hijo mayor, David, a campo travesía por lugares exóticos y desconocidos, entre lianas y árboles frondosos que daban tanta sombra que no se alcanzaban a distinguir objetos a más de diez metros de distancia, por lo cual era impreciso saber con qué se iban a encontrar en esta travesía. Para ellos era un terreno desconocido, y se llenaban de temor al pensar que se podrían topar con cualquier cosa.



Eran tiempos que no me alcanzo a imaginar. Debieron ser más placenteros. Imagino que la vida se vivía sin tanta preocupación, ya que no estaban infestados por la "era tecnológica".

Contaba mi abuelo que en esa travesía se separaron para buscar señales o rastros de la bestia que pensaban cazar, y mi bisabuelo José Eladio le dijo a su hijo:

—David, vamos a separarnos a ver si cubrimos más terreno. Pero no te alejes demasiado, porque puede ser peligroso. En caso de algo, ya sabes la señal.

Tenían una señal. No es como ahora, que estamos en la misma casa, y para hablar con alguien, se le envía un tuit o un mensaje de WhatsApp. Ellos tenían una señal, decía mi abuelo, que era un silbido fuerte: ¡Juiiii juioooo!

¡Vaya señal! Viéndolo desde mi perspectiva, me parece bastante brillante e innovadora. Pero la historia no termina aquí. Resulta que cada quien cogió un camino diferente: como se planeó, David por la derecha, y mi bisabuelo José Eladio por la izquierda. Al pasar un rato, no habían avanzado mucho: era una selva muy espesa, y caminar entre tanta enredadera era difícil. David decidió llamar a su papá, a mi bisabuelo, y lanzó la señal: "¡Juiiii juioooo!"; y mi bisabuelo, atento, le respondió igual: "¡Juiiii juioooo!". Ya sabían qué significaba: tenían que reunirse de nuevo para verificar los hallazgos o, si era el caso, tomar una nueva ruta.

Como no hubo ningún nuevo hallazgo, decidieron tomar una ruta diferente, confiando en Dios y en que les fuera bien en esta nueva aventura, que inició en el anterior punto de reunión. Después de más o menos media hora, y estando los dos cansados, sudados y estresados por no

encontrar nada, mi bisabuelo comenta que decidieron regresar. Ya sería más fácil porque tomarían la ruta que trazaron hacia donde iban encaminados. Pero, para sorpresa de mi bisabuelo, David había hallado un estanque pequeño entre la espesa maraña, y había huellas de animales que abrevaban, porque se notaba, a simple vista, que era la única fuente de agua en esa zona, ya que la maleza era muy espesa.

—Bueno papa —dijo David—, hasta aquí llego yo. Estoy muy cansado, y así es imposible seguir avanzando. Tomemos un poco de agua y volvamos a casa, que ya nos está esperando el almuerzo.

—Bueno, está bien —respondió mi bisabuelo con cara de desánimo porque no encontraron nada de lo que buscaban, y para él era una incertidumbre lo que iba a pasar con su ganado si no daban con el depredador que lo estaba devorando.

En ese momento todo quedó en silencio, y David observó que algo se movía entre las aguas del estanque, y le prestó toda la atención posible para descubrir qué era. De pronto mi bisabuelo soltó una risa burlesca al ver la cara de asombro, casi de susto, de David, y le dijo:

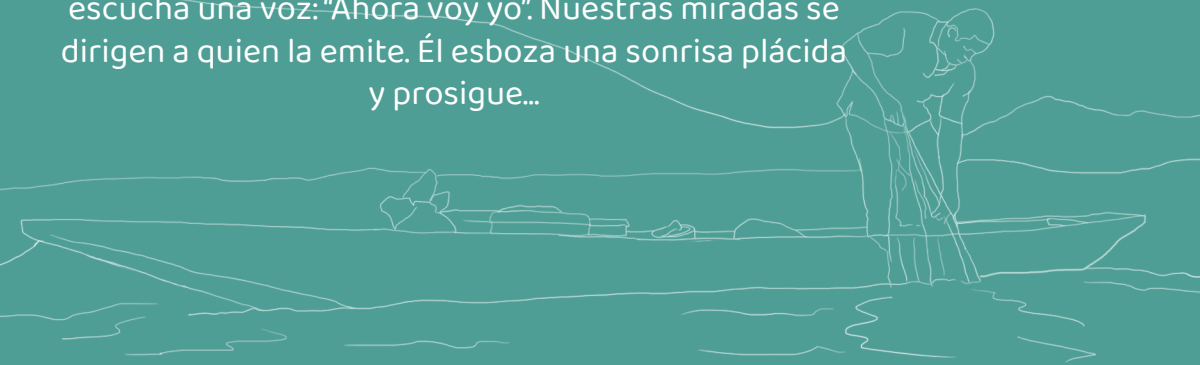
—Hijo, deja esa cara. Yo sé que es muy raro, pero eso tan grande que ves que se mueve en el agua son pescados.

—¿Pescados? —preguntó David.

—Sí, pescados —recalca mi bisabuelo—. Pensé que jamás vería otra vez pescados de ese tamaño. Tal vez, así como estamos destruyendo el medio ambiente y los bosques de nuestros alrededores, tus nietos no vayan a alcanzar a conocer los animales que conocemos ahora. Es triste, pero es la realidad, y nosotros somos los culpables.

En la actualidad me doy cuenta de que mi bisabuelo tenía razón: ya casi no vemos especies de animales, solo las vemos en libros, en documentales de televisión, y muchas de ellas ya se encuentran extintas. Así que los invito, a todos los que puedan leer esto, a que ignoremos un poco la era digital, tomemos más conciencia y empecemos a cuidar del medio ambiente y de nuestras fuentes hídricas, porque son vida y dependemos de ellas.

¡Qué tético es que no podamos ser conscientes de algo tan elemental! ¿Acaso es muy difícil comprender que los ríos, junto con todas las especies que habitan en ellos, son una parte esencial de nuestro ecosistema?... Tras el melancólico relato, nuestros pasos avanzan mientras apreciamos la grandeza del río Magdalena. ¡Cuánta belleza puede haber en lo más simple! Su presencia se impone de tal manera que la flora circundante pareciera adquirir sentido gracia a él. Su función de nutrir lo que lo rodea obra en un sentido no solo literal, sino también figurado. Y en tanto el río hace alarde de su encanto, se escucha una voz: "Ahora voy yo". Nuestras miradas se dirigen a quien la emite. Él esboza una sonrisa plácida y prosigue...



## RÍO MAGDALENA ASOMBROSO

### Ignacio Marín

Soy Mahonio, un pescador que lleva muchos años de estar en el río y de conocer cada uno de sus secretos. Les cuento que, desde muy niño, mis padres me enseñaron el valor y la importancia de cuidar el río. Un día de pesca salí muy temprano a mis labores, organicé mis herramientas de trabajo: mi canoa, mi atarraya, el chinchorro, y mis cosas personales, que las llevo en un valde con tapa para que no se mojen si llueve. Salimos cinco personas con mucha fe en que todo saldría muy bien.

Después de algunas horas de navegar, ya cansados y sin poder sacar ningún pescado, empezamos a ver algo muy asombroso: era un candelero. Esto sucede cuando la

bagra sale por encima del agua, y empieza el macho a desovar y a pasar por encima, y hacen muchos sonidos; es maravilloso. Ese día fue solo aventura, aunque son cosas que suceden muy pocas veces. Es fascinante estar ahí y ser testigo de esto.

Muchas veces, de día de pesca, nos encontramos con los hipopótamos, los cuales nos dan terror. Estos animales son grandes, son como monstruos en el agua. He perdido muchos compañeros de viaje, porque cuenta la historia que, cuando ellos caían al agua, por más que pescábamos y tirábamos los timbos para no hundirnos, no volvían a salir. Llegar al día siguiente sin esos compañeros era muy triste para mí y

para sus familias. Saber que ni el cuerpo se encontraba. Así fueron muchos los compañeros que perdimos en la pesca.

Luego de esto tan triste, vuelvo a recordar momentos bonitos, como cuando era muy hermoso ver la claridad del río y poder observar los peces, así como llenar nuestras canoas de abundancia de peces: se sacaban bocachicos de una libra, y blanquillos y bagres de veinte libras, y hasta más. Esto emociona mi corazón, pero a la vez me da melancolía ver que todo cambia: ya no hay abundancia de peces, ya el agua está sucia y contaminada, hemos destruido el tesoro que es nuestro río.

Quiero aportar para recuperar el río de tanta contaminación y que este sea muy abundante en peces y en toda la biodiversidad. Yo me quiero contar historias con finales felices, como cuando empecé a trabajar en el río siendo un niño. Mi papá

me contaba del Mohán, que es el que cuida el río; algunos pescadores le hablan y le llevan cigarrillos y aguardiente para que su pesca sea grande y llena de abundancia. Son creencias que todavía tienen algunos pescadores, pero yo estoy seguro de que la única forma de recuperar el río y su abundancia es cuidándolo, como no arrojar basuras, ponerles alcantarillado a las casas para que el agua sucia no llegue sin tratamiento al río, no utilizar trasmallo en las ciénegas y, muy necesario, respetar los tiempos de la veda, cuidar las ciénegas y volvernos guardaciénegas.

Mahonio termina su intervención y advertimos que nos hallamos frente a una ciénaga. Y no transcurren más de cinco segundos cuando empezamos a escuchar un bramido tenue que viene de las profundidades de la tierra. Un leve temblor nos espanta; pero nuestro susto se desvanece al notar que, a partir del cieno, comienza a formarse una figura femenina cuyos rasgos se concretan de manera ágil y fluida, unos rasgos que en conjunto producen una armonía. La esporádica creación concluye. Atónitos, vemos cómo su boca se mueve...



## CUENTO HISTÓRICO DE LA CIÉNAGA DE CHILLOA

---

Abel Antonio Martínez Díaz

Soy la ciénaga de Chilloa. Esto es lo mucho o lo poco que sé de mi historia. Dios me ubicó en un lugar muy lindo en la Tierra, con un propósito que tengo que cumplir: alimentar y calmar la sed de quince comunidades que están a mi alrededor. Hace muchos años, en mi cuerpo de agua abundaban miles y miles de peces de varias familias. También había caimanes, babillas, tortugas, galápagos e hicoteas, entre otras especies.

Soy útil para todo el que me necesite para comer, saciar el cuerpo y calmar la sed. Pero la avaricia del hombre, no por calmar su hambre sino por llenar su bolsillo con dinero, desangra mi cuerpo en todo momento

con métodos de pesca inadecuados, para más tarde ir a una cantina a malgastar el dinero que obtuvieron con mi cuerpo. Con este arte de pesca desproporcionado, muchas especies han desaparecido, como manatíes, tortugas, coroncoros, zapateros, sábalos, doradas, picudas, bagres y otras especie que me entristece mencionar. Por culpa de la avaricia del hombre, me las han sabido acabar sin yo poder defenderme.

A todos los que viven a mi alrededor, les brindo limpieza para su cuerpo, agua, comida y dinero, y los bellos paisajes que en mí están adornando. La orilla por donde tú sueles pasar está pegando un grito de auxilio para que me ayudes a recuperar

todas esas especies perdidas, para que en mi cuerpo vuelvan a estar, y todo el que llegue a mis aguas las pueda tocar y se vaya emocionado por haber pisado en mis orillas esa hermosa arena, sobre todo si me visitas por Algarrobal. Todos son mis hijos, y me corresponde alimentarlos, y el propósito mandado por Dios yo puedo lograrlo.



De un momento a otro la figura se desvanece y se funde de nuevo con su origen. Creíamos que la voz era una característica propiamente humana. Desconcertados, seguimos nuestro derrotero sin pronunciar una sola palabra. Son muchos los pasos que damos en medio del silencio, pensativos pero también apesadumbrados. ¡Cuánta ambición existe en el espíritu de algunos! ¡Cuán ciegos se vuelven por el dinero! Uno de nosotros les pone fin a nuestras reflexiones: “Una ciénaga que nos habla y que toca nuestras fibras: ¡me siento en el plano de la fantasía!”. Y un lugareño comenta: “Estas son tierras llenas de fantasía. Imagínense esto que me ocurrió”.



## EL ENCANTO

---

José Armando Martínez Paternina

Seis de la mañana. El sol había asomado por las montañas, iluminando aquella hermosa cabaña a orillas de la ciénaga. Como era costumbre, salimos a recoger las redes que nos brindaban el pescado que servía de alimento para nuestras familias. Iba con un amigo.

Dentro del caño donde habíamos tirado la red, una melodía llegó a nuestros oídos: parecía un coro angelical. Delante de nosotros se paseaba una nutria que parecía estar siendo atraída por aquella melodía, y detrás un caimán la seguía. Sorprendidos por este hecho, decidimos seguir a los dos animales, que se dirigían a una mata de mangle muy grande.

Había una mujer desnuda sentada en una rama, cantando con muchos peces a sus pies, como bagres, mojarras, bocachicos... Nos miró y nos invitó a sentarnos con ella, pero sonreía muy extraño: sus dientes sobresalían en la boca. A medida que nos fuimos acercando, ya no se veía como una mujer normal: ya no tenía piernas, se habían juntado y parecían escamas.

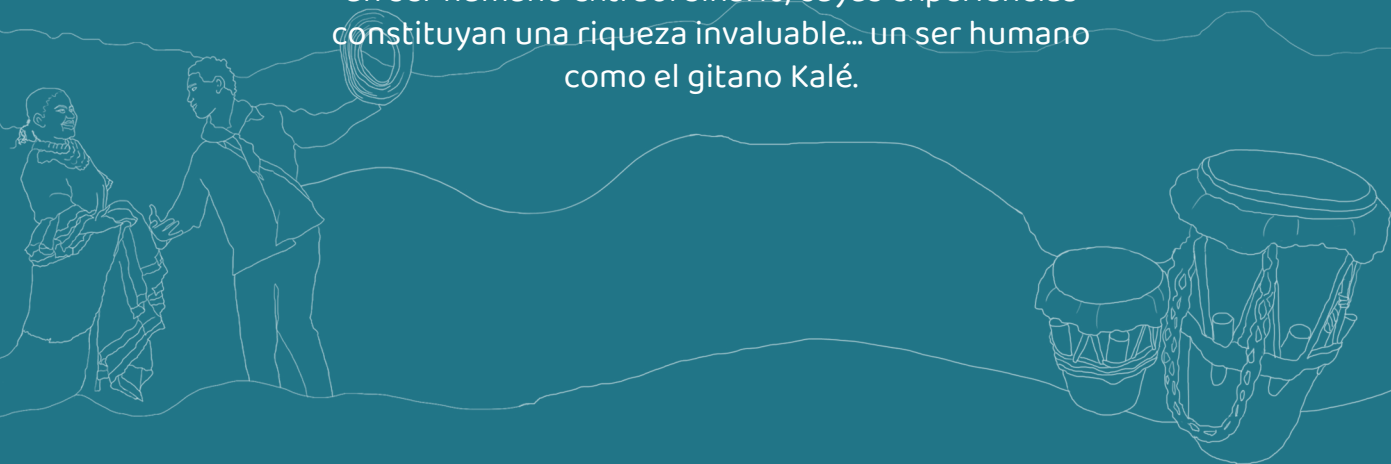
Mi amigo saltó de la canoa, y un gran remolino lo levantó en el aire mientras él solo gritaba. Los peces se habían marchado, y la mujer ahora estaba sentada dentro de la canoa. Asustado, no podía mencionar palabras en aquel caño, y un anciano que iba pasando por la boca de este gritó un fuerte

“¡Ave María purísima!” y empezó a echar carajos. La mujer se lanzó rápidamente al agua, esta se puso cristalina, y pude ver una luz verde en el fondo adonde ella se había ido. Entró por una cueva, y todo volvió a la normalidad: mi amigo estaba bien, nadando para alcanzar la canoa, y el señor llegó a nuestro lado para reprendernos por habernos dejado atraer por aquel encantamiento que había en ese caño.

Sacamos nuestra red, y el caimán y la nutria estaban muertos y enredados en la red, al igual que todos los peces que estaban a los pies de aquella mujer extraña.



Una “mujer” extraña. Sí que lo era, pero... ¿qué hace que alguien sea extraño? Las personas no son extrañas por sí mismas: las consideramos extrañas porque no encajan en nuestra visión del mundo, no responden a nuestras expectativas. Sin embargo, cuando pensamos que una persona es extraña y por eso la rechazamos, lo más probable es que estemos cometiendo un grave error, pues detrás de esa presunta extrañeza, por más que esté acompañada de extravagancia, puede haber un ser humano extraordinario, cuyas experiencias constituyan una riqueza invaluable... un ser humano como el gitano Kalé.



## GITANERÍAS

Néstor Rafael Mejía Coley

El gitano descubrió, en su vagabundaje por el mundo, que el mar Rojo no era rojo, que el mar Negro era verde, que el mar Muerto estaba vivo y que el Danubio no era azul, como creería uno de los grandes maestros de la música clásica. Saber esto a los diecinueve años ya era una proeza, pero más proeza era aún su habilidad para tejer utopías. Su cabello esponjado y alborotado, no muy distinto a su espíritu, lo hacía notar en un pueblo casi mudo, donde la construcción más grande era el campanario de la iglesia.

En Hungría vendió saxofones; en Indonesia conseguía dragones de Komodo para los circos; en Australia hizo una mediana

fortuna comerciando piel de cocodrilo; en Brasil trabajó de ebanista; en Turquía recolectó café y fue mesero en Estambul; en El Vaticano vendió camándulas; practicó el trueque con indígenas de Panamá; navegó en barcos infectos; recorrió caminos pedregosos y cruzó violentos ríos; pescó en el mar de Galilea; fue fogonero en el tren del fin del mundo y probó el opio en Saigón.

Maldijo el día en que tomó esa embarcación donde todos lo miraban extrañados por su encrespado pelo largo, sus patillas largas y oscuras, su argolla de plata en la oreja izquierda y su camisa negra de bolas blancas. El primer enemigo fue el cura, que sin saber su credo lo excomulgó apenas

lo vio; el comandante militar le esculcó su pequeño equipaje, le incautó la daga que heredó de su abuelo y lo arrestó cinco días por circular armado en su jurisdicción. No imaginó que, en el ocaso de su larga vida, aún se encontraría en ese pueblo, sentado en unas ruinas de madera frente a un mar de agua dulce, querido por ese pueblo que en un comienzo lo rechazó. Cambió su nombre gitano de Kalé por el de Pedro, Pedro Albundia, el Temible.

Y estando en estas cavilaciones sobre extrañezas y extravagancias, un ventarrón nos arroja de nuevo a nuestra aventura. Hemos recorrido varias millas, pero nuestros cuerpos no lo han sentido porque nuestros espíritus, conectados a los relatos y las vivencias de nuestros pobladores anfibios, se hallan en medio de una alegría inefable, lo cual aligera cualquier esfuerzo físico. De pronto, entre los guías que nos están llevando, aparece un niño de pelo corto, con un rostro expresivo que transmite felicidad. Se acerca a nosotros y nos saluda con un tierno "¡Hola!".



## MI ABUELO Y SU CANOA DE MADERA

### Gerónimo Mendoza Hidalgo

Me llamo Gerónimo Mendoza Hidalgo, vivo en Puerto Berrío y tengo ocho años. Vivo con una hermosa familia conformada por mi tía Yoana Mendoza, mi tío Ignacio Marín, mi hermano Juan Esteban y mi hermanito Emanuel. Esta hermosa familia me adoptó con mucho amor, y me han contado todo lo que se debe hacer para cuidar la naturaleza, me han contado muchas cosas importantes que decidí relatar.

Cuenta mi abuelo cucaracho que el año 1956 era una gran época para la pesca y el turismo en Puerto Berrío. Un día de pesca era muy bueno para ellos; salían en la mañana en su pequeña canoa de madera, partían desde el puerto y llegaban a la ciénega de Barbacoas. Era muy largo el camino: se podían demorar hasta cinco horas para llegar a su destino, y para regresar muchas horas más; pero había días en los cuales se

encontraban con los remolcadores, y los subían hasta el puerto de nuevo.

En este recorrido pasaban cosas maravillosas. El abuelo cuenta que, cuando navegaban en el río, era con canaleta. En aquel tiempo no tenían motores para navegar el río Magdalena, el cual era muy grande, y en él encontraban muchos peces de gran tamaño. En un solo lance de atarraya,

llenaban la canoa. Durante el recorrido, el abuelo, junto con su tripulación, observaba con admiración la cantidad de biodiversidad que había. Al llegar a la ciénega de Barbacoas, se encontraban con los hermosos manatíes, que eran asombrosos. Entre ellos decían “¡Qué animales tan grandes!”. El abuelo cucaracho recuerda que las hembras manatíes tienen cría cada cuatro años y que siempre están en el mismo lugar esperando al macho manatí. Son animales fantásticos. Ellos tenían la oportunidad de ver cómo salían a comer. Era maravilloso.

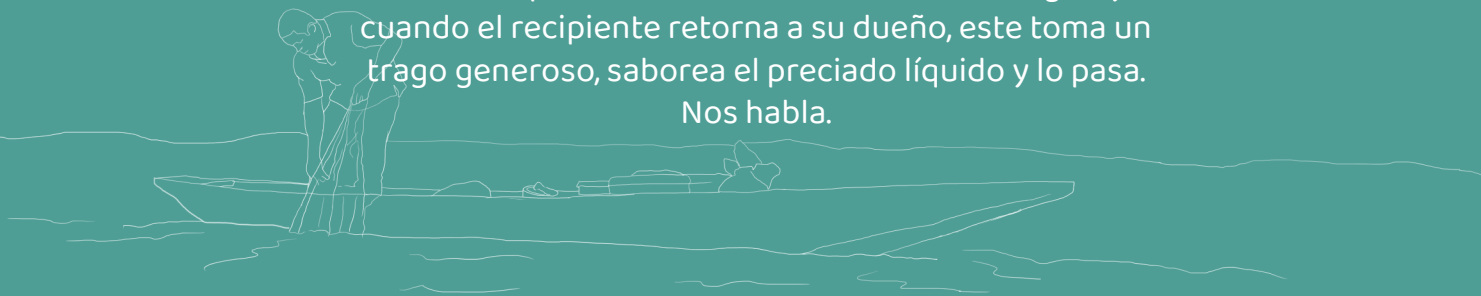
Al salir en la tarde de la ciénega de Barbacoas, no encontraban la salida porque ella tiene vida propia: se cierra al atardecer. Les tocaba vivir esos momentos con angustia porque había días en los cuales llovía con tanta fuerza que sus canoas se movían muy fuerte, como si quisieran voltearse. En otras ocasiones, solo se cerraba unas horas, y se volvía a ver el camino por

el cual debían salir. Solo debían esperar a que de nuevo se moviera el tapón, o buchón que llaman. En esta travesía de trabajo, también se divertían al ver los caimanes, los monos aulladores, los tigrillos con sus crías, los chigüiros, las nutrias y cantidades de aves. Toda esta maravilla la encontraban en el camino a la ciénega.

Cuenta el abuelo, con gran tristeza, que ya todo esto tan fantástico se ha ido acabando; pero sueña con que podamos recuperar todo este maravilloso mundo llamado agua vida, porque para él eso en el río es vida. Con el trabajo de río, logró sacar adelante a sus diez hijos, los cuales aman este encantador río y día a día luchan por conservarlo, pues es fuente de vida y de trabajo. Y yo soy un guardián de la naturaleza que sueña con vivir lo que vivió mi abuelo y su tripulación en su canoa de madera.

Sus palabras nos dejan algo melancólicos: escuchar a un niño contando una historia siempre será enternecedor, pero saber que toda una biodiversidad magnífica se está acabando es algo que nos ensombrece. Decidimos detenernos para descansar un poco e hidratarnos de nuevo. La fuerza de los rayos solares ha mermado un poco, pero una traviesa brisa caliente juguetea a nuestro alrededor. Gerónimo se despide sacudiendo su mano abierta y se une a sus paisanos, y de entre ellos sale un joven que camina hacia nosotros. Nos pide que nos sentemos, y sin importarnos la segura suciedad de nuestras prendas, respondemos a su solicitud. Una vez acomodados, el mozo comparte con nosotros su cantimplora. Cada uno bebe un sorbo de agua, y cuando el recipiente retorna a su dueño, este toma un trago generoso, saborea el preciado líquido y lo pasa.

Nos habla.



## TODOS HABLAN DE UN PUEBLO QUE DESAPARECIÓ

Omar Morales Beleño

Mi primo Jafer, que acababa de llegar de Barranquilla, le dice a mi tío: "Tío, todos me hablan de una tal isla ¿Eso donde era?". Mi tío, todo sorprendido, le dijo: "¿Usted nunca fue?". Yo metí la cucharada, como decimos aquí, y le respondí la pregunta que él hizo: "Eso quedaba frente a Matecaña. Esas tierras se las llevó el río en el año 1999".

Comenzó la conversación entre los tres, mi tío Salvador, Jafer y yo. Inició con el tema de cómo habían llegado nuestras familias a este municipio. Yo sabía todo: mis abuelos maternos eran muy buenos contándonos historias a mis hermanos y a mí, y yo era un niño muy inquieto por aprender. Mi tío Salvador, que es uno de los

hijos mayores de mis abuelos paternos, recuerda que cuando él tenía diez años ellos vivían en esa isla que se había llevado el río. En ese tiempo la isla era un caserío pequeño, no había más de veinte casas, una casi a un kilómetro de la otra, y eran hechas de palo y barro.

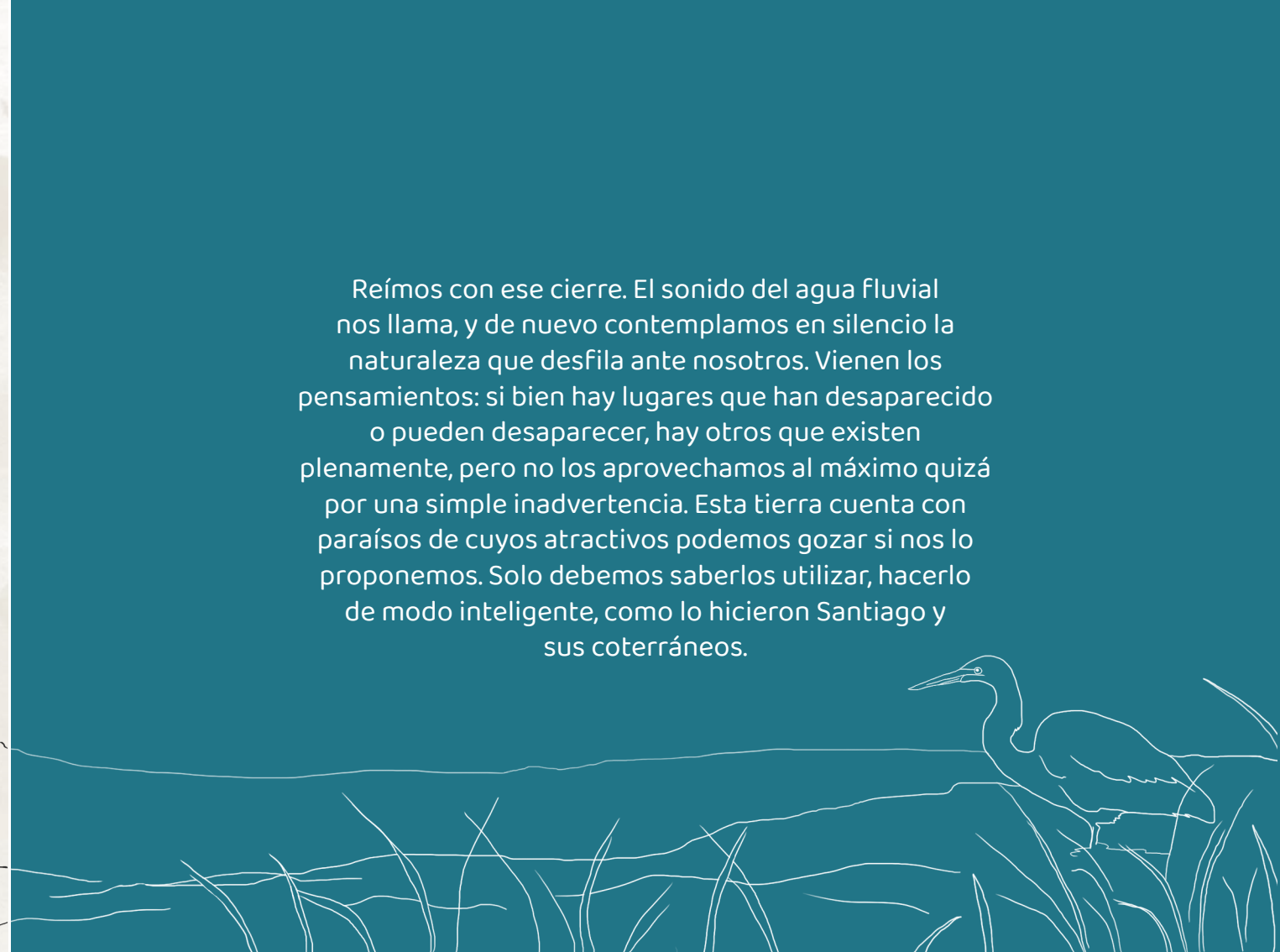
Mi abuelo decidió salir de la isla porque se había enfermado de cáncer. Vendieron la casa que habían construido y se vinieron a El Banco. En ese tiempo, con la inocencia de un niño, mi tío Salvador pensaba que esa enfermedad se transmitía por el aire que respiraba: si una persona sana respiraba cerca de otra enferma, automáticamente se enfermaba de cáncer. En la isla había

muchas personas que sufrían de cáncer, y mi tío creyó más en su teoría cuando mi abuelo decidió dejar esas tierras.

Mi tío cuenta que cuando llegaron a El Banco, dos de sus hermanas murieron: Yohelis murió de gripa, y recuerda que a Enit la bañaron después de que le pusieron una vacuna, y eso la mató. Mi primo me preguntó que si yo había visto eso. Le respondí que no, que yo aún no había nacido, pero que me habían contado esa historia. Incluso les dije que me sabía un chiste que había tenido lugar en el velorio de una de ellas.

El chiste era que mi tío Said, uno de los hermanos menores de mi papá, tenía cinco años y le llamaba la atención que todas las personas que llegaban al velorio se acercaban al ataúd y se quedaban un rato viendo el rostro de la difunta. Entonces decidió hacer lo mismo, pero para poder alcanzar, cogió un taburete y lo puso al lado del ataúd, se subió y, cuando vio el rostro de su hermanita, le dijo: "Huy, hermanita, jugaste al carnaval y no me invitaste". Todos los asistentes se rieron. Fue un chiste inoportuno, pero lo hizo con toda la inocencia de un niño.

Reímos con ese cierre. El sonido del agua fluvial nos llama, y de nuevo contemplamos en silencio la naturaleza que desfila ante nosotros. Vienen los pensamientos: si bien hay lugares que han desaparecido o pueden desaparecer, hay otros que existen plenamente, pero no los aprovechamos al máximo quizá por una simple inadvertencia. Esta tierra cuenta con paraísos de cuyos atractivos podemos gozar si nos lo proponemos. Solo debemos saberlos utilizar, hacerlo de modo inteligente, como lo hicieron Santiago y sus coterráneos.



## REINVENTANDO LA ZAPATOSA

### Libardo Nobles Martínez

Santiago era un pescador que vivía con su esposa Isabel y sus dos hijos en una isla de la ciénaga de Zapatosa llamada El Encanto. Todos los días tiraba sus redes para conseguir el sustento para él y su familia.

Una mañana, Santiago revisó sus redes y se dio cuenta de que no había atrapado en ellas ni un solo pez. Preocupado, regresó a la isla. Sentado en la proa de su canoa, con los codos reposando en sus piernas, los puños en sus mejillas y la mirada hacia el suelo, escuchó una voz: "Amigo, ¿le pasa algo?". Santiago levantó su mirada y vio frente a él a un hombre alto con los pies descalzos y llenos de arena. En su mano izquierda colgaban sus zapatos, y en la otra,

una cámara fotográfica. Una mochila atravesaba su pecho, y sus mejillas lucían rosadas. "¡Si le contara!", respondió Santiago. "¡Mucho gusto! Mi nombre es Daniel, y me gustaría escucharlo", dijo aquel hombre.

Santiago le contó a Daniel el motivo de su pena, y que le preocupaba llegar a su rancho, en lo más alto de la isla, sin nada que dar de comer a su esposa y sus hijos. Daniel, conmovido, le dijo: "Si tan solo hubiese aquí un restaurante, los invitaría a ti y a tu familia a comer; pero puedo compartir con ustedes unos enlatados y unos panes que llevo en mi mochila". Santiago, agradecido, llevó a Daniel a conocer su familia.

Una vez allá, Daniel conoció a Isabel, quien con mucha curiosidad, mientras él sacaba el pan de su mochila, le preguntó: "¿Qué lo trae por estos lados?". Daniel respondió: "Soy profesor de biología y amante de la naturaleza, y vine hasta acá para conocer la ciénaga más hermosa de Colombia, llena de flora y fauna; pero ha sido muy difícil conocer los nombres de las islas y las especies de aves y peces que posee este sitio. Si tan solo hubiese alguien que me guiara, sería mucho más fácil". Después de eso comieron, y en una hamaca Daniel reposó.

Cayó la tarde, y aquel profesor tenía aún mucho que andar y conocer, así que le dijo a Isabel: "Me tengo que ir, y es muy triste: me siento muy cómodo. Desearía quedarme más tiempo. Si tan solo hubiese un hostel donde hospedarme, me quedaría un día más; pero me voy, y le diré a todo el mundo que vale la pena venir y conocer lo hermoso que es este lugar. Sé que muchos

vendrán y vivirán esta experiencia encantadora". Daniel se despidió y se fue.

Por la noche, y como es habitual, otros pescadores llegaron a la isla El Encanto, donde se reúnen para pasar la noche y, al día siguiente, revisar sus redes. Juan Castro, pescador y amigo de Santiago, inició una conversación diciendo: "Señores, anoche en mis redes no hubo ni un solo pez, y mi familia hoy no ha comido nada". "También es mi caso", respondió Saúl, otro pescador que estaba con su esposa Mariana. Santiago les contó sobre aquel hombre que estuvo de visita en su rancho y sobre lo triste que se sintió al no poderlos llevar a un restaurante, al no poder conocer todo sobre flora y fauna en aquel lugar, pero, sobre todo, al tener que marcharse cuando hubiese querido estar más tiempo. También les comentó que probablemente vendrían más personas, porque eso le había dicho Daniel.

Mariana, la esposa de Saúl, les dijo: "Y ¿qué tal si, para cuando vengan esas personas, les vendemos comida, les mostramos la flora y la fauna, los hospedamos en ranchos y les cobramos algo de dinero? ¿Qué les parece?". "¡Excelente idea!", respondió Juan Castro. Antonio, hijo mayor de Santiago, dijo: "Yo puedo publicar por internet que ofrecemos estos servicios, y así más personas pueden venir". "¡Sí, sí!", dijeron todos con mucha alegría.

Así se reunieron, hicieron ranchos pequeños para acampar y dos más grandes para restaurante y descanso; inventaron tours por los ríos y las laderas para contar historias de algunos lugares por donde pasaban. Más pescadores se sumaron al ver la cantidad de turistas que llegaban a conocer la reinventada Zapatosa, que, mientras descansaba de muchas redes, se recuperaba para seguir brindando belleza y conocimientos a quienes amaban la naturaleza.



Y tras este relato cargado de riquezas naturales en medio de paraísos terrenales, retomamos nuestro itinerario con el cuerpo más liviano. Somos como una procesión que le rinde culto a la maravilla conformada por la fauna y la flora que nos rodean, en medio de historias que surgen aquí mismo y que llenan de magia nuestra estancia. La cuenca del Magdalena y sus pobladores se han convertido para nosotros en un ser viviente y extraordinario cuyos rasgos se tornan familiares... En nuestro andar topamos con una planta cuyos frutos se asemejan a la mora. Uno de nosotros se dispone a tomar una muestra, pero de inmediato es atajado por una guía. "¡No lo hagas!", grita ella con temor. "¿Por qué no?", demanda nuestro compañero. "Son pocas las que existen. Y son enigmáticas", dice otro guía. "Explíquense mejor", pide él.

## EL MISTERIOSO CASO DE LA MATA DE ZARZA

Ana Karina Ortiz Méndez y Jhonier José Salazar Díaz

El 7 de mayo del año 1960, tres niñas, Elida, Eda y Rosa, del Centro Educativo Nuestra Señora del Carmen, salieron a hacer necesidades al monte porque en el colegio no había baño. Cuando las tres niñas iban llegando a una mata de zarza, vieron a una mujer con un niño en los brazos. Dos de las niñas comenzaron a tirarle piedras, y la niña que no lo hacía les decía: "No le tiren a ella, es una virgen". Cuando las tres niñas volvieron al pueblo, dijeron que en la mata de zarza había una virgen. Las gentes salieron corriendo, pero al llegar a la mata, nadie la veía, excepto la niña que no le había tirado piedras y otras personas. Cuando un padre llegó a verla, le estiraban la mano con un escapulario; le llegaba cerquita, pero no se le montaba en las manos.

El padre se emocionó tanto que no quería salir del pueblo. Viniendo hacia el pueblo, el padre y dos monjas se accidentaron y murieron. Desde ese entonces la virgen no apareció más.

Cuenta la historia que la gente de Sempegua Viejo se reunió a hacer vigilia de 6 a. m. a 5 p. m., y cuando estaban ahí, unos la vieron y otros no. Cuentan los pescadores de esa época que vieron salir de la mata de zarza una imagen de la virgen que se trasladaba en una ponchera de oro al pozo del encanto, y después ella regresó a la mata. Con el paso del tiempo, cuenta la historia que la gente de algunas partes de Chimichagua, El Banco, Candelaria y

Medellín, así como de otras partes, venía a ver la virgen de la mata de zarza.

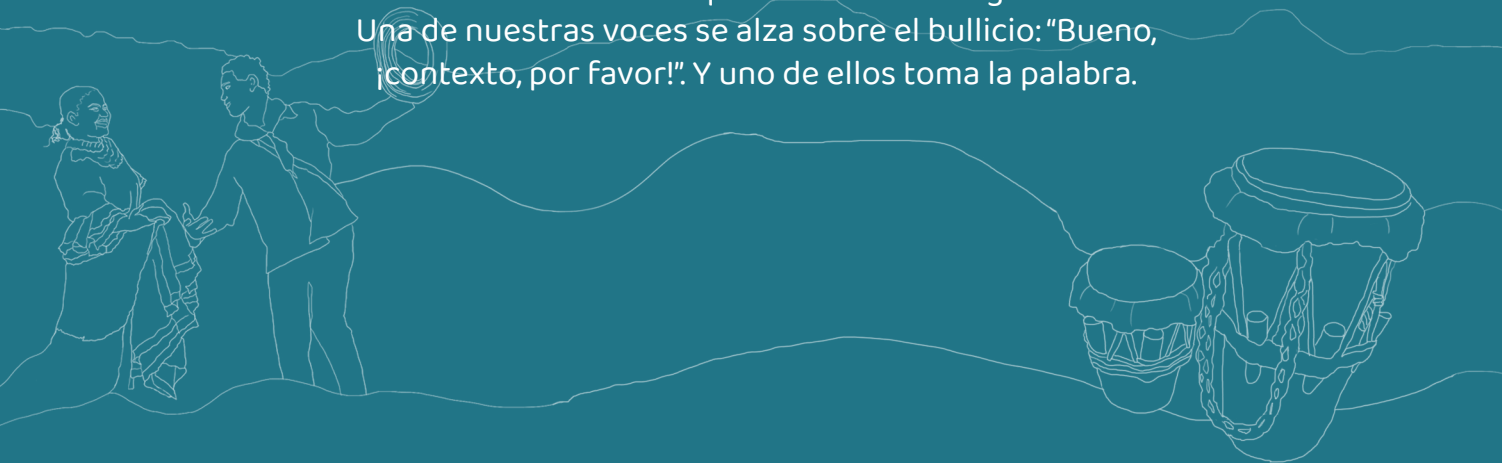
Y se volvió milagrosa. Cuenta la historia que el padre Roble tomó la decisión de hacer un nicho para trasladarla a la iglesia de Sempegua Viejo, y cuando venía en camino desde Chimichagua, tuvo un accidente y se mató. Relata la historia que en ese entonces fue la virgen de la mata de zarza la que se lo llevó.

Con el tiempo, venía la gente para ver si la veían sobre las matas de zarza, pero no veían nada; se fue acabando la mata, y ya no funcionaba nada. Entonces la gente veía a una mujer alta, vestida de blanco, con el pelo largo. Decían que era el encanto que salía de ahí. Fueron cogiendo miedo de lo que había en el puerto, en la iglesia... También se veía un niño que salía sobre una punta de la ciénaga de Zapatosa; salía del agua hacia arriba y caía otra vez en

ella. Las mujeres que iban a lavar veían que salía el niño del agua y entraba a ella otra vez. Con el tiempo se fueron destruyendo las matas de zarza, se fue acabando todo. La gente dejó de ir a estas matas hasta que todo cambió, hasta que los mismos pescadores se encargaron de destruir todo. Ya se fue acabando la zarza, la gente ya no encontraba hojas para hacer remedios, baños, tomas, hasta que todo acabó.

“¡Pobre mata de zarza!”, exclama uno de nosotros.  
“Más bien, ¡pobre la gente de Sempegua Viejo!”, objeta un primer guía. “Pero nada como lo que pasó en Mata de Caña”, dice un segundo guía. “¡Uy, sí! ¡Pobres los habitantes de allá!”, exclama un tercer guía. “¡No! Más bien, ¡pobres los niños de allá!”, objeta un cuarto guía.

Ante nuestros rostros desorientados, todos ellos sueltan una risotada tal que terminan contagiándonosla. Una de nuestras voces se alza sobre el bullicio: “Bueno, ¡contexto, por favor!”. Y uno de ellos toma la palabra.



## EL MISTERIO DEL HOMBRE PELUDO

Kevin Andrés Piñerez González

Hace aproximadamente sesenta y tres años, una familia del corregimiento de Mata de Caña (Magdalena) vivió una gran tragedia. En 1958, el hijo de la señora Irma Carreño salió con una prima a buscar leche por la orilla del río Magdalena, como se acostumbraba todos los días.

Al regresar de tal parte, el niño, que tenía alrededor de diez años, traía un balde que se había puesto en la cabeza por venir jugando con su prima. Venían caminando cuando, de repente, el niño se fue de cabeza al agua. Cuenta su prima que ella pensó que él estaba nadando, pero en realidad no: el niño intentaba salvarse rasgando el muro de tierra. De pronto la prima vio como

si algo o alguien lo jalara hacia el fondo del río Magdalena. Muy asustada, vio que no volvió a salir, así que salió corriendo a avisarle a toda la gente del corregimiento.

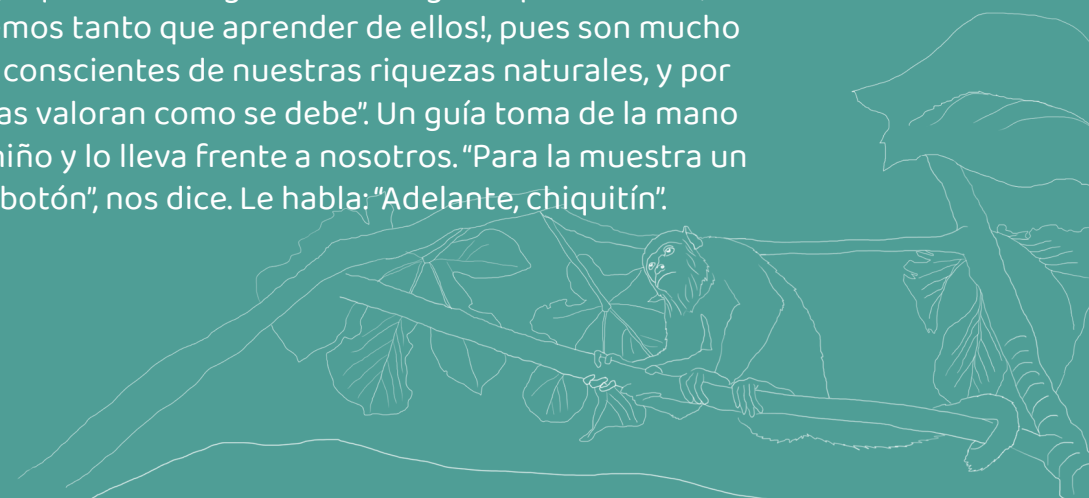
La gente llegó al lugar de los hechos para ver qué era lo que en realidad había pasado. Entre la multitud estaba mi abuelo, Justiniano González, quien cuenta que, al hallarse en el sitio, lo que vieron fueron las huellas de las manos del niño cuando intentaba salvar su vida. Muchas personas ayudaron con la búsqueda del niño en canoas y navegaron juntas hacia el banco del Magdalena. Para ver si lograban hallar el cuerpo del niño, utilizaron trasmallos y ganchos, pero no pudieron encontrarlo.

A los dos días, la madre, muy destrozada por lo que había pasado, dijo que siguieran buscando, pero nada que aparecía el niño, ni un solo rastro. De pronto, al siguiente día el niño apareció en el mismo lugar donde había sido jalado al fondo del río. Apareció ya casi descompuesto y con unos arañones en la cara. La gente se preguntaba por qué la corriente no lo había arrastrado. Fue entonces cuando comenzaron las sospechas de que había algo más allá de lo normal en ese río. Pudo haber sido un animal, o El Mohán. Nadie sabe qué pasó realmente con el niño.

Al pasar varios años, hubo otros casos iguales con niños y niñas de la misma edad. Vecinos del corregimiento dicen que ven salir del agua a ese horrible hombre peludo.



A lo largo del relato, nuestro júbilo inicial se fue transformando en aflicción. “¡Cómo puede un ser arrancarles a niños y niñas lo más preciado que tienen, la vida!”, lamenta uno de nosotros. “Cosas que acontecen —apunta pensativa una pobladora anfibia—. Monstruos que atacan a niños hay de varios tipos. A veces nosotros también lo somos. Se nos olvida, por ejemplo, que son ellos quienes, además de representar la conservación de nuestra especie, sacan lo mejor que hay en nosotros, algo que les entregamos sin ningún reparo. Es más, ¡tenemos tanto que aprender de ellos!, pues son mucho más conscientes de nuestras riquezas naturales, y por eso las valoran como se debe”. Un guía toma de la mano a un niño y lo lleva frente a nosotros. “Para la muestra un botón”, nos dice. Le habla: “Adelante, chiquitín”.





## MI AMOR POR LOS ANIMALES

---

### Henry Portela Rueda

¡Hola, amiguitos de la Fundación Natura! Mi nombre es Henry Portela Rueda, tengo ocho años, hago tercero de primaria y nací en el municipio de Yondó, Antioquia. Desde muy niño, mis padres me enseñaron la importancia de cuidar los animales y el lugar donde viven, por lo que me declaro amante y defensor de la naturaleza y el medio ambiente.

Hace pocos días, me encontraba viendo televisión en la sala de mi casa. De repente, noté que los perros hacían mucho ruido en el patio vecino, por lo que me asomé y me di cuenta de que le ladraban a una tortuga y que esta se encontraba en peligro. Salí corriendo para ayudarla, espanté a los perros, la traje a mi casa y, después, se la enseñé a mis padres. Ellos me preguntaron qué quería hacer con ella, y mi respuesta fue que la liberáramos en algún cañito. Hablando con mis papás, tomamos la decisión de llevarla

a nuestra finca y liberarla en unos nacimientos de agua que tenemos allá.

Como nuestra finca queda un poco lejos y no vamos a diario, nos demoramos dos días en liberar a la tortuga galápaga. Durante este tiempo la tuvimos en agua, la sacábamos al sol y le dábamos alimento. Me pareció demasiado increíble que, durante el tiempo en que estuvo en casa, les conté a varias personas adultas sobre mi hallazgo y sobre lo que íbamos a hacer con

la tortuga, y me decían que estaba grande y bonita, y me pedían que se la regalara, no para liberarla, sino para comérsela. Les contesté con un rotundo ¡NO! porque estos animales son salvajes y pertenecen a la naturaleza. Debemos cuidarlos. No son parte de nuestros alimentos.

Llegó el día de liberarla. Nos despertamos temprano, la montamos en el platón de nuestro carro y nos embarcamos en un viaje que duró casi cuarenta minutos hasta la vereda Remolinos Peñas Blancas de nuestro municipio. Llegamos a la finca, y nuestra primera misión fue dejar en libertad a tan bello ejemplar. Mi padre me acompañó hasta el lugar que, decidimos, sería su nuevo hogar. Tuvimos que caminar un poco. Antes de soltarla, él me tomó algunas fotos y grabamos un pequeño video, para después publicarlo en las redes sociales, sobre la importancia de liberar a estos animales en su ecosistema y no

tenerlos como mascotas en cautiverio ni alimentarse con ellos.

Arrojé la tortuga al agua y me sentí muy feliz y orgulloso de contribuir a la conservación de esta especie, y de llevarla a un lindo lugar para que viviera tranquila, sabiendo que no iba a correr el peligro de que algún ser humano la encontrara y se la comiera, o que otros perros la molestaran.

Agradezco mucho a mis padres por enseñarme a cuidar a todos los animalitos y por apoyarme cada vez que necesito de su ayuda. También agradezco a la Fundación Natura por permitirme contar mi historia y llevarla a más personas.

Viene el aplauso por parte de todos. El hombre que nos lo presentó le acaricia la cabeza. “¡Muy bien, chiquitín!”, le dice con orgullo. Un poblador anfibio se acerca y nos anuncia: “Y así como Henry es amante de la naturaleza, Don Juan es amante de la pesca”. Su intervención despierta nuestra curiosidad. “Cuéntanos”, dice uno de nosotros. “Claro que sí —responde—. Pero no dejemos de avanzar, sigamos caminando. Todavía hay maravillas e historias por conocer”. Acogemos su propuesta. El sol ha comenzado a despedirse.

## EL AMOR POR LA PESCA

Jhon Jairo Quejada Palacio

Había una vez un pescador llamado Don Juan. Era alguien apasionado por la pesca, pero a causa de muchas dificultades personales, debió dejar a un lado su pasión de atardeceres, atarrayas y pescado.

Después de un buen descanso, decidió retomar su actividad como pescador. De repente comenzó a caminar buscando el río, pero debido a que llevaba mucho tiempo sin recorrer aquellos senderos llenos de historias, la ruta que conducía a su río se había cerrado. Don Juan había cometido el error de iniciar su recorrido sobre las tres de la tarde y decidió coger un camino que no conocía; como consecuencia de ello, duró caminando dos horas. De repente se

encontró a un señor labrando la tierra, a quien le preguntó “¿Me podría ayudar?”, a lo que el hombre respondió “Sí, claro. ¿Qué necesita? ¿Qué hace por acá?”. El pescador contestó: “Voy a pescar, pero no encuentro el río, y creí que este era el camino para llegar al río”. El señor le dijo: “No está muy lejos. Usted se pasó. Ahora va llegando a una quebrada, muy muy lejos, que se llama Sepulturas. Es por eso que no encuentra el camino, porque se desvió”.

Como no encontró el río, el pescador no siguió su camino, se subió a un árbol altísimo y pudo divisar toda una inmensa montaña. Al fondo se escuchaba el río. El sonido del agua contra las piedras pudo llevar a aquel



pescador hacia el cauce del río. Tomó su canoa y volvió a hacer la actividad que le daba vida: la pesca. Los remos, la pesca y la magia del sol ocultándose entre las montañas y el agua llevaron a Don Juan a perderse en el encanto, y se le olvidó que llegó la noche, acompañada de fuertes truenos y relámpagos. Quedó solo en aquella canoa, guiado por la luz de los relámpagos, entre sus aparejos y el horizonte oscuro de aquella noche. Se recostó para esperar a que pasara la tormenta, y cuando pasó todo, en medio de las tinieblas, no sabía en qué lugar del río se encontraba, pues andaba a la deriva tratando de encontrar la salida para retornar a casa.

Entre el susto de la noche y la desorientación de la oscuridad, dejó que la canoa naufragara sola por un largo tiempo, y pensó

en qué hacer para encontrar la salida. Se puso de pie en la canoa, y de repente vio una luz resplandeciente. En ese momento la alegría invadió su corazón, y siguió la luz, una luz de esperanza que muy rápidamente se convirtió en incertidumbre, ya que ninguna persona estaba allí. Don Juan no encontraba explicación del origen de la luz. Tomó la decisión de remar y tratar de llegar a la orilla, hasta que finalmente logró su objetivo: tocar tierra firme, retomar su camino de regreso a casa y contarles a sus familiares la experiencia de felicidad, intriga, miedo y mucha nostalgia que fue volver a la actividad que lo regresaba a la vida: la pesca.

“¡Vaya aventura la de Don Juan!”, exclama uno de nosotros. “¡Definitivamente!”, agrega alguien más. Nuestros pasos recorren la trocha mientras nuestros ojos se subordinan al encanto que no deja de rodearnos. El aire ya está más fresco. “Aventuras hay de toda clase —afirma una pobladora anfibia—. Yo decidí embarcarme en una porque me gusta cuidar la naturaleza”. Llama nuestra atención. “¿Cómo fue eso?”, pregunta uno de los nuestros.



## MI HISTORIA ANFIBIA

Luz Estela Rada Villegas

En la época de los ochenta, me contaban mis ancestros, el municipio de El Banco era un remanso de paz y de abundancia, en espejos hídricos bañados por las ciénagas y los ríos Cesar y Magdalena; era próspero en la variedad de frutas: inició con el Festival de la Piña, hoy Festival Nacional de la Cumbia. Se llenaba uno de alegría al ver, en las épocas de cosecha, las toneladas de piña, aguacate, mango, guayaba dulce y agria, corozo, tamarindo, carambolo, melón, sandía.

Era muy hermoso el paisaje hídrico de las ciénagas de Palomeque, Chilloa, Tamalamequito, Algarrobal, Garzal, Zapatosa. Además, eran sitios turísticos

donde las personas se bañaban con mucha seguridad porque las aguas no estaban contaminadas; en cambio, se veían adornadas por las grandes poblaciones de garzas blancas y morenas, patos yuyo, coyotes de ciénaga, los cuales rodeaban esos espejos de aguas cristalinas. También había abundancia de peces, como el bocachico (con talla normal para la pesca), el moncholo, el coroncoro, la picúa, la mayupa, el barbul y la sardina. Los pescadores se animaban a realizar sus actividades diarias enfrentándose a los desafíos del río.

En esta época, por el mal uso de los métodos de pesca y el afán del hombre por tener vivienda, construyendo en la ribera

de los ríos, comienza la tala de árboles, lo cual ha secado las aguas y extinguido las especies. Esas malas prácticas, como el zangarreo, el trasmallo, la barredera o las explosiones con dinamita, están acabando esa abundancia y contaminando esas aguas, lo cual les niega el sustento a quienes viven de ello, familias campesinas de los estratos más bajos.

El Banco es una isla que se encuentra entre las maravillosas ciénagas, y en épocas de verano salen las playas. Algunos de sus sitios son el Embrujo Verde —a orillas de la ciénaga de Zapatosa—, La Florida, Algarrobal y Belén. Toda esa naturaleza verde está rodeada de agua y humedales donde se encuentran especies exóticas, donde había aves que acampaban en los grandes árboles que eran el pulmón del pueblo banqueño. El hombre no cuida esto, no cuida el futuro para las nuevas generaciones.

Soy amante del medioambiente. Todavía, en esta época, abundan las frutas que mencioné antes, pero en épocas de cosecha causan un impacto negativo en la población infantil, pues producen enfermedades como la gastroenteritis y la conjuntivitis, debido a que no se alcanzan a consumir ni a vender.

Atendiendo a la abundancia de hoy, he realizado un proyecto liderado por mí y enfocado en la fermentación de las frutas, el cual me arrojó una microempresa de vinos artesanales —¡las delicias de las frutas para tu paladar!—, cuyo nombre es Vinos Arcama. Con los desechos se elabora abono orgánico artesanal y alimento para algunos animales. La idea es minimizar el impacto ambiental y mejorar la calidad de vida de los campesinos de estratos más bajos, y a través de esto, enseñar a los jóvenes a ser investigadores, críticos, innovadores, respetuosos y amantes a la naturaleza.

Uno de nosotros reacciona: "No puedo hacer otra cosa que agradecerte en nombre de todos los que estamos aquí. Lo que haces por el medioambiente y por tu gente es digno de admiración. Si hubiera más personas como tú, este planeta tendría otro aspecto". Todos asentimos sonrientes. Nuestra ruta continúa. El ocaso ha llegado, pero no para nuestras ganas de avanzar. Seguimos disfrutando de los sonidos y los aromas circundantes, de toda esa vida poderosa que nos contiene. Ante la cercanía de la noche, surge de pronto una propuesta en boca de un guía: "¿Qué tal si nos vamos a historias de espanto?". "¿Tienes una buena para contar?", le pregunta uno de los nuestros. "Conozco la de Francia y Casildo", responde él. "¿Qué esperas para cautivarnos?", resuelve alguien por ahí.



## LA BRUJA TAMALAMEQUERA

Ángel Mauricio Rivera García

Cuenta Casildo García que cerca de Tamalameque vivía una mujer que se dedicaba a la brujería. Se dice que acudían de todas partes del mundo, lo cual era muy extraño porque la mujer nunca había salido de viaje, y menos a otros países. Casildo, siendo muy joven, se enamoró de una linda muchacha de ojos miel. Salía por la tarde en su burro a casa de Francia, que tanto le estremecía su corazón. La muchacha también se enamoró de este temerario joven. Lo recibía con casabe, almojábana y chicha de maíz.

Algo que no sabía Casildo era que la bruja se sentía muy atraída por él, pero, por temor a lo que esta mujer practicaba, nunca

le había prestado atención. La bruja, al enterarse de que Casildo estaba de amores con Francia, se ingenió una pócima muy fuerte y logró que la joven no pudiera consumir ni alimentos ni agua. Ella decía que sentía como si tuviera mil alfileres en la garganta, y por eso llevaba casi un mes que no probaba bocado. A Casildo le dijeron que era un hechizo de la bruja lo que estaba matando a Francia, y que solo matando a esa mujer podía desaparecer su fuerza maligna.

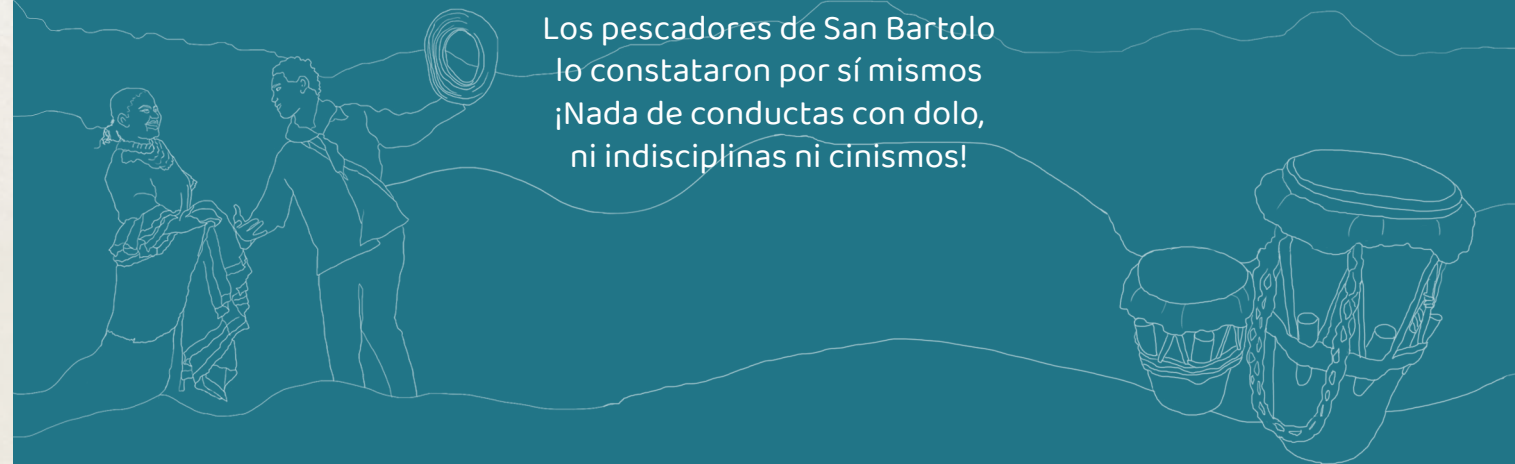
Casildo, preocupado por la situación, viajó a Santana, una población a casi dos días de camino y que, además, exigía atravesar la otra orilla del río Magdalena. Allí consiguió

un chamán. Este le preparó una mochila tejida con hilo rojo y metió en ella un revólver hechizo, un cuchillo, un limón maduro y sal marina, además de un libro llamado Oración del niño. Casildo se regresó a su pueblo.

Caía la noche, y Casildo rezaba la oración del niño para preparar su encuentro cara a cara con la malvada mujer. En casa de la bruja, no la encontró. Luego, al pasar al fondo, se dio cuenta de que había un altar con velas y, sobre el altar, una pequeña escoba del grande de la palma de la mano, hecha de paja y cabellos blancos. A esta escoba la bruja, para volar por la noche, le prendía una veladora, tomaba otra escoba, se subía en ella y, dejando las canillas enfrente de la puerta del patio como un par de botas pantaneras, volaba por todo el mundo nocturno.

Llegó la bruja a su casa y se encontró con la sorpresa de que no se podía poner de nuevo sus canillas, porque Casildo las había untado con un limón cortado en cruz y sal marina. La bruja cojeó hasta llegar al cuarto donde dormía, pero el joven, muy astuto, la esperaba detrás de la puerta con el revólver en la mano. Ella cerró la puerta, y Casildo, apretando el gatillo, se dio cuenta de que no funcionaba para dispararle, y se acordó de que el chamán también le había dado un cuchillo, así que lo sacó y logró atravesarle el corazón. La bruja murió instantáneamente. Regresó apresurado a casa de Francia, pero ya era demasiado tarde: había fallecido el amor de su vida.

Pues no solo las brujas espantan, también algunos seres fabulosos. Se ha dicho que en Semana Santa más vale ser un completo devoto. Se trata de unos días especiales en los que debe haber probidad. De lo contrario llegarán males como cortesía de la divinidad. Los pescadores de San Bartolo lo constataron por sí mismos ¡Nada de conductas con dolo, ni indisciplinas ni cinismos!



## ¿PESCANDO A ZOTIRO?

José Damián Ruiz Silva

La noche apenas comienza.  
En San Bartolo las redes esperan,  
quizás para agitarse  
con lo que quedó de la subienda.

Listos pa'echar la barrida.  
Tito, ¡ojo con la empalizada!  
Vienen los bagres bajando.  
Coja, pues, el gancho de una sola brazada.

La luna llena ilumina  
la embarcación y los chinchorros.  
El río y el caño brillan,  
también los arroyos.

Comenzamos la faena  
en medio de chistes groseros.  
Los ánimos se suben

mientras palabras invocan  
momentos traicioneros.

Acá en tierra se siente raro.  
Presumimos que algo nos acompaña;  
no sabemos si los espíritus  
o algo tenebroso se ensaña.

La recocha y la algarabía aumentan  
en pleno Jueves Santo.  
Las sombras ahora nos dicen  
que le bajemos al encanto.

Ya el ambiente pesa,  
y la atmósfera reclama.  
El mal yace bajo nuestra alma,  
no sabemos qué nos depara.

Continuamos pescando  
ahora con la atarraya.  
Confundidos seguimos,  
pies descalzos, ¡cuidado, negro, con  
la raya!

Mis tres compañeros pescan,  
amargos no quedaremos.  
Moscas con la punta,  
temprano nos iremos.

La noche cambia de color,  
y la sombra se desvanece.  
Pescador, mire para atrás,  
que rojo nos enardece.

De repente se acerca la bestia,  
animal con forma de dragón.  
La tierra y el agua tiemblan  
como cuando viene un nubarrón.

Sus alaridos aturden.  
Zotiro viene y nos busca.  
Caminen acá, compañeros,  
que bajo las lonas no asusta.

Sus llamas iluminan  
mientras transcurre la faena.  
Zotiro está bravo  
acá en el río Magdalena.

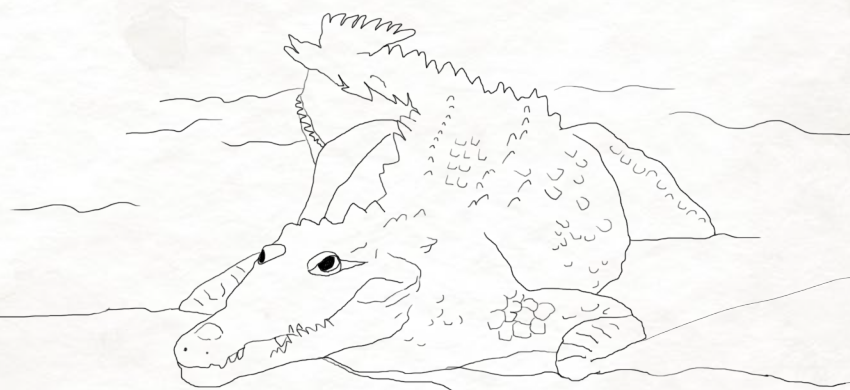
No hay pa'dónde correr  
entre la banca y el río.  
Zotiro expresa su furia,  
y cerca ya no hay sombrío.

Zotiro abre su pico,  
salen candela y ruidos,  
Nosotros, confundidos,  
muertos del miedo, aturden los alaridos.

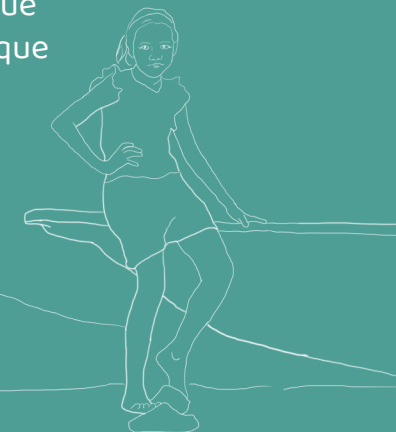
Pavoridos corremos  
río arriba huyendo.  
Bajo las cobijas rezamos,  
escapamos al estruendo.

Amanece todo despejado.  
Zotiro se ha ido;  
no dejó siquiera huella,  
y hasta las artes han desaparecido.

No queda más que prudencia  
en Semana Santa pescando,  
ni chistes ni comentarios  
que alboroten a cualquier espanto.



Y con Zotiro nos ha alcanzado la noche. El cantar de las luciérnagas ambienta nuestro trayecto. Nuestros pobladores anfibios, nuestros guías, encienden las lámparas de queroseno, y las luces que estas proyectan nos envuelven en un manto de mística. La paz que sentimos mientras caminamos es inefable, y el viento cálido que acaricia nuestros rostros comienza a arrullarnos. De repente, la voz de un lugareño se manifiesta: "Quiero hablarles de las jornadas que vivían los pescadores de las ciénagas del Magdalena, pero también de las técnicas que practicaban". "Y ¿por qué hablas en pasado?", interpela uno de nosotros. "Porque llegó una técnica que nunca debió llegar", dice.





## EL LEGADO

---

### Eduardo Saucedo Rangel

En el complejo cenagoso del río Grande de la Magdalena, en su plano inundable, que comprende el bajo Magdalena, convergen muchas ciénagas, unas extensas, otras pequeñas, como son El Paso, Las Pavas y Malpica, unidas al río por los caños El Salitre y Guamal, lo que les permite a muchas especies reproducirse en estos espejos de agua, y a otras nativas, desarrollar su madurez sexual. Estas ciénagas fueron la despensa malpiguera y de la población negritera, en el momento de bonanza de la Andian, empresa Petrolera.

El bocachico comercializado por las negritas era adquirido en lazos, fresco y salado; lo llevaban en bangañas, con una

ruya de tela en la cabeza, trasladándose a pie. Hicieron famoso el dicho “Di tú, dijo Claudina”, ya que al preguntarle “Claudina, ¿a cómo pagas hoy?”, ella respondía “Di tú”.

La ciénaga de Malpica tenía algo particular: no permitía la pesca con fines comerciales, solo para el consumo. Cuando el bocachico coleaba, no se agarraba nada; pero si sus aguas eran tranquilas, ¡pesca segura! Si esta era abundante, en pleno corral aparecía una mojarra amarilla gigante que saltaba de canoa en canoa, sin ser atrapada; era una señal de que se debía suspender la pesca. En cierta ocasión, dos hermanos estaban babillando, y un faro iluminó la ciénaga y les quemó el bombillo de la linterna.

Los dejó en tinieblas y desorientados. Les tocó anclar y esperar el amanecer para regresar a casa.

Eran las ciénagas de El Paso y Las Pavas donde se realizaban las faenas de pesca con fines comerciales, no sin antes recordar que las canoas eran enterizas, que el mejor barquetero de la región fue el señor Roberto Díaz —oriundo de Malpica—, que, sin conceptos físicos sobre la gravedad, esas canoas flotaban con tal precisión que eran consideradas por los pescadores como las más serenas.

Una forma de pescar fue la de la bola, en la que se hacían bolas de barro para lanzarlas al agua, y luego, la atarraya. Otra fue la del corral, en la que había varias canoas con su patrón y atarrayero; iniciaba con una algarabía, en la que se gritaba “La punta, céjalo,

tópalo, ciérralo”, y se conformaba un círculo para lanzar las atarrayas; el último pedía “¡La corona!”, y se repetía hasta que se obtuviera un gran número de peces.

En uno de estos corrales, siendo las diez de la noche, exactamente en la boca del caño, una vez lanzadas las atarrayas, quedó todo en silencio. Cada uno se concentró en sacar hábilmente su red. Cerca de la orilla, se escuchó un pion que tiraba peo a diestra y siniestra, pero nadie decía nada. Mamerto, el más chusco, rompió el silencio diciendo “¿Pa'qué lo desperdicias?... Tíramelo en la seca”. De manera inmediata se escuchó un estruendo tan fuerte como el de un toro. Sacaron las atarrayas y, despavoridos, bogaron hacia el puerto, hasta donde los persiguió. Dejaron todo en sus canoas y corrieron a sus viviendas.

Transcurrido algún tiempo, copiaron una técnica de pesca foránea: la porra, la cual, en poco tiempo, destruyó el lecho o refugio de los peces. De esta forma comenzó a desaparecer nuestra principal fuente de ingreso, y disminuyeron ostensiblemente los volúmenes de captura del bocachico.



¡Qué lamentable! Las fuentes hídricas, que en el pasado fueron un paraíso, han ido desapareciendo por la falta de cuidado del ser humano. En lugar de protegerlas como un gesto de gratitud por todo el bienestar y todas las delicias que nos brindan, nos hemos encargado de desangrarlas de manera insensible. ¿Acaso estamos perdiendo nuestra humanidad?



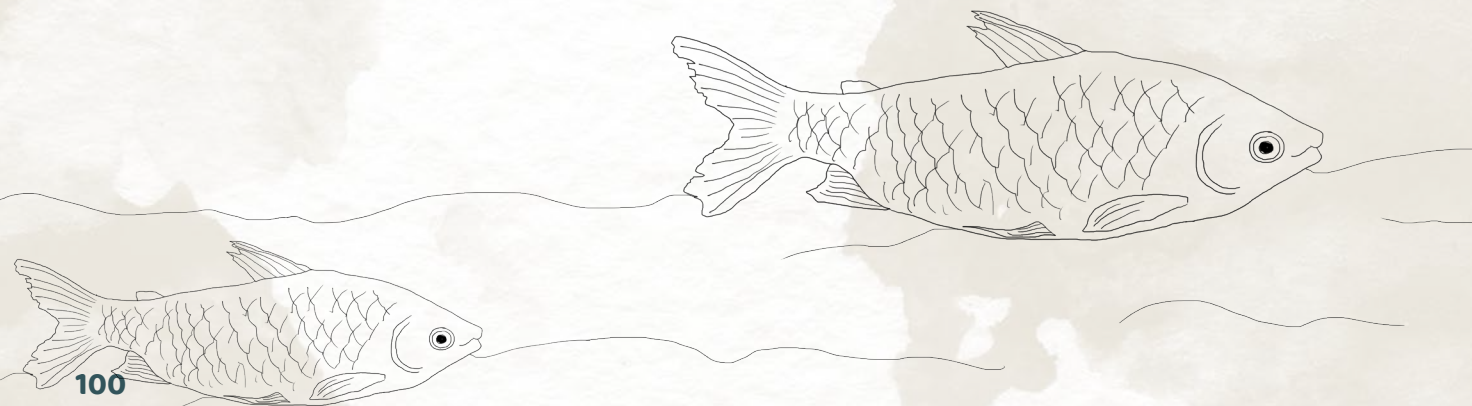
## HISTORIAS ANFIBIAS

---

Silvana Urrutia Venecia

El río Magdalena, en los años sesenta, era un río ancho y profundo, con abundancia de peces. Pero, con el paso del tiempo, se fue desgastando por las variedades de islas, y está menos profundo porque quienes lo canalizaban eran los barcos marítimos. Ya eso se acabó porque casi no se ven ni los demarcadores.

Había abundancia de comida porque la gran mayoría de los pescadores respetaban las vedas. ¡Cómo sería que había bagres de cinco arrobas, de veinte libras; pescados de cinco libras, dorados de una arroba, y una gran variedad de otros tantos!



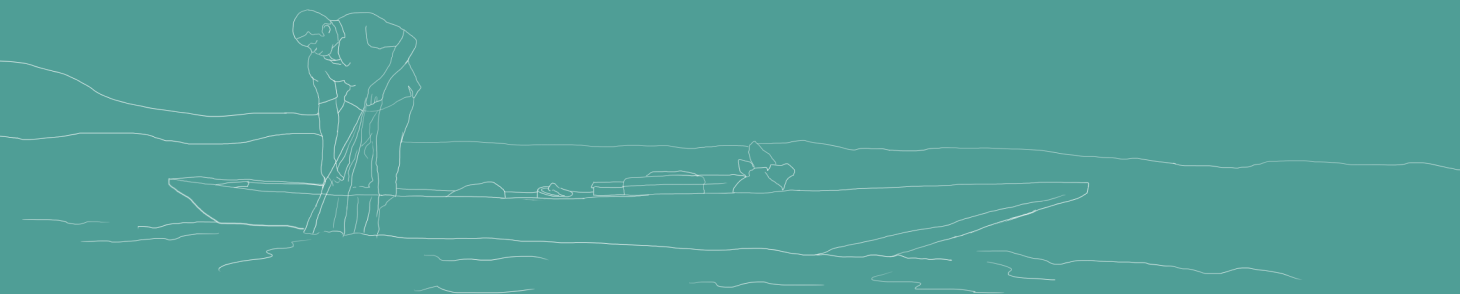
“¡Cuánta inconciencia existe hoy en nuestra relación con el medioambiente!”, exclama triste uno de los nuestros.

“Ese es el pan de cada día”, afirma un guía.

“¡Es indignante! ¿Qué es lo que nos está pasando?”, expresa uno de nuestros pobladores anfibios.

“¿Puedo contar el último relato de la noche?”, pregunta.

“¡Por supuesto! Te escuchamos”, cierra uno de nosotros.



## UN PUEBLO SINVERGÜENZA

Carlos Arturo Villarreal Vides

Había una vez un pueblecillo sinvergüenza. No respetaban las leyes, no atendían a dónde tirar basura, tampoco dónde estacionarse, ni mucho menos dónde colocar un negocio. No les importaba lo que pensara la policía o cualquier otra institución. Solamente actuaban sin pensar, creo yo, porque, ajá, no pensaban en las consecuencias.

Otra de las cosas de estos sinvergüenzas era la falta de amor por su pueblo. Llegaban las elecciones para la alcaldía y ¿sabes qué pensaban?: "Bueno, ahora salgo y me consigo 100 barras o 150. Todo depende de quién me pague". ¡Qué sinvergüenza, ¿verdad?! Bueno, la historia sigue. Al pasar el tiempo,

esas mismas personas no tienen empleo, no tienen salud, no tienen nada, porque ya cobraron por ellos.

Asimismo, en esa lista, siguen los de canasta gigante. Son aquellos que abren la ventana del carro y, sin pena, sin vergüenza, lo hacen rápido para que nadie los vea; pero todos los ven. Tenemos también a la chica bonita que camina sensualmente, pero que viene tomándose un jugo Hit y, cuando se lo termina, ¿sabes adónde va a parar?: a la calle; y con las lluvias se acumula en el río.

Hablemos ahora de los dueños del espacio público. Estos sí son los machos alfa. Le hacen el honor al pueblo. "Aquí todo el

mundo hace lo que le da la gana": y así es, nadie respeta pinta. Un camión se parquea en la vía más pequeña. La están arreglando y ¿sabes dónde se parquea?: en el lado, por donde puedes pasar. ¿Qué pasa con estas personas? ¿No tienen conciencia o no fueron a comprarla? ¡Qué descarado, señores! ¡Qué descarado!

Sigue el vendeconciencias, que no terminé de contarles qué pasa con él. El descarado, al pasar dos años, se queja porque los servicios de luz, agua y alcantarillado son pésimos. Las calles están vueltas una ensalada, pero cuando se acercan a las urnas, solo tienen el signo pesos en sus ojos, y se les olvida todo aquello.

Este pueblo, lleno de sinvergüenzas y de personas que no piensan en avanzar, ustedes lo conocen. Tenemos más de 300 años de fundación, han pasado por la silla más

de 100 alcaldes, y todavía nos preocupan pequeñeces, como "¿Llegará el agua hoy?".

¡Ya basta de estas cosas!, ¡ya basta de sinvergüenzas!, ¡ya basta de corrupción! Esta es la historia de un ciudadano que sí tiene vergüenza.

Uno de nosotros se acerca a él y apoya la mano derecha en su hombro. "Tenemos que comenzar a actuar", le dice. Estas palabras son dichas cuando ya hemos llegado a nuestras casa. La luna llena adorna la oscuridad que se posa sobre nuestras cabezas. Les agradecemos con todo el corazón a nuestros pobladores anfibios por habernos guiado a lo largo de esta hermosa travesía. Nos abrazamos y nos damos las buenas noches. Y al acostarnos, pensando en todos los relatos que escuchamos, nos asalta una profunda reflexión acerca de la actitud que debemos asumir ante las diversas maravillas que nos ofrece este planeta.



